

Universidad Andina Simón Bolívar

Sede Ecuador

Área de Letras y Estudios Culturales

Programa de Maestría en Estudios de la Cultura

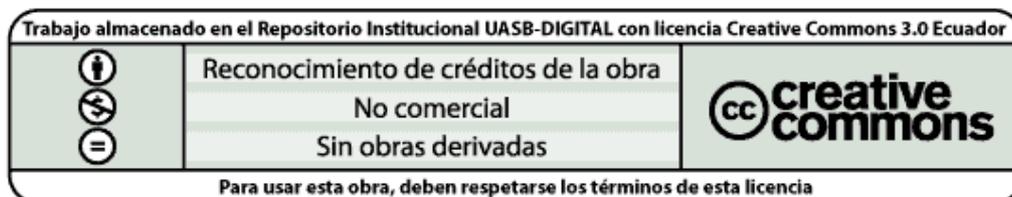
Mención en Género y Cultura

**Cuerpo y enfermedad: el lenguaje del SIDA en la obra de
Pedro Lemebel y Fernando Vallejo**

Autora: Katherine Francisca Martínez Alarcón

Tutor: Fernando Balseca Franco

Quito, 2017



CLÁUSULA DE CESIÓN DE DERECHO DE PUBLICACIÓN DE TESIS/MONOGRAFÍA

Yo, Katherine Francisca Martínez Alarcón, autora de la tesis intitulada *Cuerpo y enfermedad: el lenguaje del SIDA en Pedro Lemebel y Fernando Vallejo.*, mediante el presente documento dejo constancia de que la obra es de mi exclusiva autoría y producción, que la he elaborado para cumplir con uno de los requisitos previos para la obtención del título de Magister en Estudios de la Cultura (Mención Género) en la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador.

1. Cedo a la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, durante 36 meses a partir de mi graduación, pudiendo por lo tanto la Universidad, utilizar y usar esta obra por cualquier medio conocido o por conocer, siempre y cuando no se lo haga para obtener beneficio económico. Esta autorización incluye la reproducción total o parcial en los formatos virtual, electrónico, digital, óptico, como usos en red local y en internet.

2. Declaro que en caso de presentarse cualquier reclamación de parte de terceros respecto de los derechos de autor/a de la obra antes referida, yo asumiré toda responsabilidad frente a terceros y a la Universidad.

3. En esta fecha entrego a la Secretaría General, el ejemplar respectivo y sus anexos en formato impreso y digital o electrónico.

Katherine Francisca Martínez Alarcón
Quito, mayo 2017

RESUMEN

En América Latina y el Caribe la epidemia empieza a finales de la década del 70. La llegada del SIDA empieza el discurso de la enfermedad evidenciado en los distintos cuerpos que la viven: homosexuales, drogadictos y las relaciones heteronormadas sin precaución. El cuerpo se inscribe en un proceso de censura. A finales de los años 90, según Pecheny, las prácticas sexuales y la poca información en cuanto al tema del VIH marcaban la falta de interés sobre los cuerpos, que el propio estigma, había considerado como los otros (1998).

El sida, ligado al movimiento gay y transexual es visto como un agente invasor, deja huella en lo que se conoce como *literatura seropositiva*. En el siguiente trabajo investigativo se piensa desarticular el lenguaje del sida en los distintos cuerpos en los que empieza habitar. *Loco afán. Crónicas del sidario* de Pedro Lemebel muestra una amplia gama multicolor del cuerpo del cola chileno, superlativo sexualmente y afectado, como una nueva colonización por el sida. Mientras que, *El desbarrancadero* de Fernando Vallejo exhibe a Darío: el basuquero, borracho y marica que se debilita día a día por esta plaga exclusiva de maricones, pero que, al éste representar todos los estigmas, da igual vivo que muerto.

El sida que pulula como espora mortífera sobre estos cuerpos propone una nueva lectura, desde mi personal perspectiva, a partir de la ya conocida metaforización. No es el mismo sida que el del transexual chileno que repele la importación de una enfermedad que se enuncia desde una acomodada orientación sexual; que el sida del consumo; el drogadicto maricón que desconoce (o quiere desconocer) su identidad como nuevo enfermo.

Agradecimientos

Agradezco a la Universidad Andina Simón Bolívar por todos los conocimientos aprendidos, la acogida y por ser nuestra casa durante 9 meses.

Agradecimientos reiterados a mi tutor, Fernando Balseca por devolverme la ilusión por la literatura y recordarme la pasión por la docencia.

Agradezco también a mis amigxs, familiares y personas que han estado cerca en el proceso.

Agradezco a la Unidad Educativa Monte Tabor Nazaret por darme la oportunidad de seguir este sueño y permitirme volver a casa.

A María Soledad Puyol Pino por ser una amiga verdadera y apoyo incondicional en este proceso.

Dedicatoria

A mí, por ser el amor y la fe que tanto necesito.

Para mi madre, furiosamente amada

A mis abuelos, Yolanda y Xavier, el cielo no es límite del amor

Para mi padre, en prudente lontananza

A mi familia, a mis tíos Yolanda, César, Mayi, Jorge, Julio y José

A Chris, por el largo aliento, por la serenidad, por ser el único que puedo habitar
luego de la tormenta.

En un lugar especial, a mi tutor, por recordarme que la literatura es acción social.

A mis amigxs, que han estado, otros se han alejado pero que siempre me reconfortan
así sea con un meme.

INDICE

CAPÍTULO I.....	10
Devenir-contagioso: las locas y el cuerpo viciado	10
La uña de gato, el milagro para el Calvin AIDS: el cuerpo marica y el cuerpo homosexual	10
<i>Si el rosa pálido combina bien con el lila cerezo</i> : el último beso de la Lobita ..	17
La vida es un sida: Darío, maricón	22
La muerte y sus aullidos: Lemebel y Vallejo	26
CAPÍTULO II	28
El mapa corporal y el desahucio: el cuerpo inorgánico	28
La plaga nos llegó como una nueva forma de colonización, por el contagio	28
Al borde del desbarrancadero de la muerte por el que no mucho después se habría de despeñar	35
CAPÍTULO III.....	41
Diagnóstico sin estigmas: la escritura del virus	41
<i>¿Qué le pasa a Darío que está tan flaco?</i> : Fernando Vallejo y la escritura terminal	42
<i>Spot: Póntelo-pónselo. Ponte-ponte-pónselo</i> : Lemebel, crónica de un sida germinado	49
Entonces, ¿cómo escribimos la enfermedad?	54
CAPÍTULO IV.....	58
Un apéndice sidado	58

INTRODUCCIÓN

Lemebel publica en 1997 *Loco afán. Crónicas de sidario* y cinco años después, Fernando Vallejo, *El desbarrancadero*. El primero coloca el cuerpo de la loca chilena en un escenario de transición, Allende había sido presidente hasta septiembre de 1973; La Chumilou se va a Brasil y regresa con una enfermedad que la tenía en estados febriles día y noche. Para eso, Pinochet había llegado al poder absoluto que duraría deiciséis años. Vallejo, por otro lado, explora la decadencia de Colombia en los años 90. La sulfaguanidina aplicada a su hermano Darío para que pudiera absorber nutrientes que le impedía esa enfermedad de maricas, lo convierte en un protomédico que burla el sistema.

El sida en los años 80 se había convertido en la nueva etiqueta para poder catalogar a un segmento de personas como “indeseables” (Watney en Bersani, 1996). Lo que significa que, el cuerpo empieza a importar para su criminalización. Los medios de comunicación marcan la llegada de una cacería de los cuerpos que se identifican como seropositivos, en vez de priorizar evitar su expansión. Aquí entra la literatura de Lemebel y en comparación con lo propuesto por Leo Bersani en “¿Es el recto una tumba”, el marco geográfico atraparé el testimonio del sida. Pero, no colocando al cuerpo homosexual, clase media y feliz por ser aceptado por el sistema, sino más bien, el transexual que se prostituye y que convive con la enfermedad.

Fernando Vallejo contextualiza su obra en la plenitud de los años 90. El gobierno colombiano el 20 de noviembre de 1996 aprueba la resolución 4288 en donde el PAB (Plan de Atención Básica) corre por cuenta del estado y que garantiza el impacto sobre enfermedades que a largo plazo degeneren el cuerpo, quiten años saludables y sobre todo, el amparo a los sectores más vulnerables.

Los cuerpos, el sida y el lenguaje se imbrican para responder desde distintos lugares de enunciación a la infección. Esta es el resultado de lo que se consideró censurable como lo especifica Bersani. Es decir que, el sida desde lo sintomático es una enfermedad que afecta al sistema inmunológico, perteneciendo al campo de la medicina. Semánticamente responde a ser encasillada como un virus que se vuelve identitario y focalizado en las prácticas sexuales al ser llamado de transmisión sexual. Omitiéndose intencionalmente el resto de prácticas o negligencias médicas en

su concepto de contagio. Para Pecheny desde 1987 hasta 1999, las prácticas HSH¹ se convierten en foco de atención al igual que los consumidores de droga per se. Es así como, para 1997, asociando con el contexto de escritura del libro de Lemebel, los gobiernos de turno en América Latina se habían negado a implementar programas de prevención para el VIH.

De esta manera, las prácticas HSH que son el tema principal de ambos libros también colocarán a este grupo como foco infeccioso, sin embargo los autores tienen la potestad de recrear y resignificarlo a partir del contexto y cómo los cuerpos están sometidos a distintos momentos de la enfermedad. Por un lado, Lemebel va a adentrarse en el testimonio de un grupo marica infectado porque la plaga ha llegado como una nueva forma colonizadora. Los actantes del libro del autor chileno van a colocar la enfermedad como un acto reivindicativo hiperbólico.

Por otro lado, Vallejo narra desde la perspectiva abolicionista del discurso médico hegemónico. El narrador será un protomédico que fusiona la sulfaguanidina en la dieta su hermano. Se recurre a lo bajo, a la imposibilidad del retroviral que representa a la medicina y su accesibilidad del consumo.

En ese sentido, la escritura en ambos autores se ve demostrada a partir del uso de la enfermedad como un juego metafórico, dándole el valor de la construcción social de las épocas a las que hacen reminiscencia ambos libros. El discurso de la enfermedad, a su vez, se evidencia a partir de la perspectiva narrativa. Por un lado, Vallejo abolicionista tiene la intención de proponer una escritura antisistema, mientras que Lemebel juega con el cuerpo construido de la loca y el SIDA como enfermedad naturalizada en éstos.

La escritura de la enfermedad no es igual que hablar de ella. La categoría de ficción aquí presente es responder cómo las metáforas del SIDA han respondido a escrituras o narraciones distintas en el abordaje o en la perspectiva del narrador; pero que guardan sólo un rasgo en común, el sida como una enfermedad que afecta a un cuerpo social que no está dentro de un estado de derechos ni mucho menos de la norma que todo lo regula.

Lemebel y Vallejo no esperarían ser autores con puntos de convergencia por la perspectiva del cuerpo sidado. A pesar de las diferencias estructurales (se analiza

¹ En el vocabulario epidemiológico “Hombres que tienen sexo con hombres.”

la crónica y novela) ambos colocan y dejan el mutismo de un cuerpo en contagio. Es así como, estos autores se valen de los distanciamientos para proponer fases distintas del sida: Lemebel recuenta a manera éxodo gay las distintas formas de asumir el contagio y la fase terminal de la enfermedad; mientras que, Vallejo aleatoriamente dispone de todas las enfermedades a través de la digresión, para terminar con la vejez que es un sida equivalente. Los actantes circulan con la idea de la nación moridero y la próxima perecibilidad del cuerpo.

Capítulo I

Devenir-contagioso: las locas y el cuerpo viciado

La uña de gato, el milagro para el Calvin AIDS: el cuerpo marica y el cuerpo homosexual.

Laurentino Vélez-Pellegrini en su libro *Minorías sexuales: gays, lesbianas y transexuales frente al debate identitario* explica que lo gay y asumir este rol es formar parte de una identidad. Esta finalmente se convierte, más adelante, en el átomo para la formación de una minoría (2005). En ese sentido, la etiqueta de comunidad empieza a vincularse como parte de rasgos generalizadores, cayendo muchas veces, en el estereotipo. Lemebel es parte de esta investigación ya que narra el testimonio de un grupo conocido como los “colas” chilenos. El anagrama de “cola” es loca, y a partir de esta palabra es que se empieza a generar toda una serie de características colocadas por él mismo. La loca, entonces, es el personaje principal de las crónicas a analizar y por ende, lucha desde su identidad con la llegada del SIDA.

Vélez-Pellegrini agrega que los debates identitarios nacen precisamente en la búsqueda de los derechos y la validación de su presencia en un espacio. La tolerancia legislativa garantiza que las minorías son reconocidas a partir de dichos rasgos característicos en un espacio de convivencia regulado. En este caso, Vélez-Pellegrini acude a la legislación norteamericana para equiparar lo gay con lo negro y lo latino (2005). En ese sentido, la visión del autor español no concuerda con la propuesta literaria de Lemebel, ya que para el chileno, lo gay es blanco. Todo lo blanco coloniza e infecta. El sida es introducido como una enfermedad netamente importada que causa efectos dentro de esta minoría no autenticada por el régimen militar de Augusto Pinochet.

A partir de estas dos premisas de identidad y validación, es que Lemebel circunscribe a sus personajes principales: locas chilenas que se prostituyen para vivir y sobrevivir. Si bien es cierto, la literatura de Lemebel ahonda en características neobarrocas en el perfil físico de los cuerpos, pero también reformula la política corporal como tal. En el ensayo “(Re)escribiendo la heteronormatividad en tiempos de Pinochet” Martín Ward cita a Sandra Garabano explicando que Lemebel utiliza el cuerpo marica para “reescribir la historia chilena y dice que ‘a través de la

politización del cuerpo de la loca, Lemebel busca reescribir la historia del movimiento homosexual, no sólo desde una reevaluación de lo marginal, sino también desde un reordenamiento de las políticas de género’.” (Garabano en Ward, 131).

Respondiendo al concepto de minoría de Vélez-Pelligrini, entonces, Lemebel no pretende que se regule dentro del espacio ciudadano el cuerpo marica, sino que este representa la historia no oficial chilena y a partir de esto reevalúa tanto la enfermedad como el cuerpo portador.

El lugar de enunciación será el cuerpo marica, minoría que se ve afectada por el sida colonizador, en palabras de Lemebel. El cuerpo marica, en palabras de Ángeles Mateo del Pino, es el resultado de derivar en el deseo y la errancia sexual (2009). El cuerpo marica no pertenece a la polis ni forma parte de la organización social de esta. Al contrario, huye de este lugar humano, parafraseando a Sarduy, y se manifiesta en el callejear constante (2009).

Es entonces de esta forma que desde el contexto testimonial de las locas, Chile de 1973 que empieza la historia de la Chumilou, La Palma, entre otras, hasta 1987, el modelo gay empieza a surgir como un sistema totalizador del cuerpo. John D’Emilio en *Capitalismo e Identidad Gay* agrega que los años ochenta se convierten en un panorama más favorable para todo lo que está dentro del sistema y se considera una minoría identitaria:

En los 1980s, sin embargo, con el resurgimiento de una derecha activa, los hombres y mujeres gay se enfrentan al futuro con desaliento. Nuestras victorias parecen tenues y frágiles; la libertad relativa de los pasados años parece demasiado reciente para ser permanente. En algunos lugares de la comunidad lesbiana y la gay masculina, crece el sentido de desamparo. Afloran cada vez más frecuentemente las analogías con los EE.UU. de McCarthy, en que los "pervertidos sexuales" eran el blanco especial de la derecha, y con la Alemania Nazi, en la cual los gays fueron enviados a los campos de concentración. Por todas partes hay la sensación de que hacen faltas nuevas estrategias si queremos preservar nuestras conquistas y avanzar. (D’Emilio, 1983).

De esta forma, ser gay, entendiéndose desde el modelo explicado por D’Emilio, implica ser una amenaza constante, en un estado de emergencia social y una afección sexual. Sin embargo, seguimos ante la idea de la loca o el cuerpo marica que convive con los estímulos marginales del cuerpo, no de la búsqueda de participación social activa. El gay propuesto por D’Emilio parte de una relación

implícita con el capitalismo. Lemebel al constar como oidor y narrador de los testimonios, niega lo blanco e identifica al marica como cola. D'Emilio propone "La expansión del capital y la difusión del trabajo asalariado han producido una enorme transformación en la estructura y funciones de la familia nuclear, la ideología de la vida familiar, y el significado de las relaciones heterosexuales. Son estos cambios en la familia los que están más directamente relacionados con el surgimiento de una vida colectiva gay." (1983). Entonces, ¿en qué medida la loca o el marica chileno no responde a esta relación directa con la apertura del mercado y la libertad económica (representado en lo afectivo)? En que Lemebel va a colocar a un cuerpo negado pero al mismo tiempo liberado de las políticas públicas.

El sida según el Diccionario de la Real Academia de la Lengua es "acrón. de síndrome de inmunodeficiencia adquirida. 1. m. Enfermedad producida por el virus VIH consistente en la ausencia de respuesta inmunitaria." (DRAE, 2014). Sin embargo, para Lemebel es la plaga que le quita el color a las alas de las locas chilenas con su llegada. Fecha exacta en que empieza la historia del éxodo loca, 1973. Los patios de la UNCTAD están vacíos porque Pinochet se ha tomado el poder, han asesinado a Allende en un cruento golpe de estado. Ese mismo año, muchos personajes de la primera crónica han migrado dentro de América Latina, específicamente a Brasil. La primera en llegar enferma es La Chumilou, que en las calles de Copacabana trabajó incesantemente para poder regresar a Chile con algo de dinero. Muere con la llegada de la democracia.

Morir en silencio es una de las características del sida chileno, o mejor conocido como el cáncer gay. Recorriendo por los aspectos teóricos de la enfermedad asociada a las prácticas HSH, esta se convierte en un agregado a la patologización inmanente a la homosexualidad. Dice D'Emilio que en los años 70 la comunidad gay había alcanzado muchos hitos, entre ellos está "...la revocación de las leyes de sodomía en la mitad de los estados, una eliminación parcial de las exclusiones al empleo de las lesbianas y los gays en el empleo federal, protecciones de derechos civiles en unas cuantas docenas de ciudades, la inclusión de los derechos gay en la plataforma del Partido Demócrata, y la eliminación de la homosexualidad de la lista de enfermedades de la profesión psiquiátrica." (1983). Pero como anteriormente se había mencionado, no estamos frente al modelo gay propiamente dicho, todo lo contrario, de todo lo que expresa D'Emilio, lo importante es analizar la

revocación de las leyes que penalizaban las prácticas HSH como sodomía. El sida no sólo es el síndrome de inmunodeficiencia, sino que se reinventa en la enfermedad propia de una minoría.

A manera de ejemplo está el caso de Edmundo Rodríguez Ramírez quien es el hilo conductor del libro *Sida en Chile* de Amelia Donoso y Víctor Hugo Robles. Este al igual que las crónicas de Lemebel está escrito a manera de testimonio y narra la primera muerte por cáncer gay. Esta parte de la historia chilena explica y aborda la diferencia entre ser marica y la categorización de patología social. El antecedente a lo mencionado es el Decreto N°362, en este se hace una lista de lo considerado una enfermedad de transmisión sexual:

El primer antecedente en la legislación chilena en materias de normas relacionadas con enfermedades de transmisión sexual es el Decreto Supremo N° 362, del 28 de septiembre de 1983, que trata sobre el reglamento de ETS (Enfermedades de Transmisión Sexual) y cuyo artículo N° 2 define que “son enfermedades de transmisión sexual para los efectos del siguiente reglamento, la sífilis, la gonorrea, el linfogranuloma venéreo, el chancro blando y la uretritis nongonocócica”. Un año después, el 10 de septiembre de 1984, se promulga el Decreto N° 294, que modifica el N° 362 que es el que aprueba el Reglamento sobre Enfermedades de Transmisión Sexual, y que incorpora al Art. N° 2, a continuación de la expresión “el linfogranuloma venéreo”, la siguiente frase “el síndrome de inmunodeficiencia adquirida (SIDA)” (El desconcierto, 2016).

Este antecedente es aún más amplio, en el Título II se considera que todo lo que sea campaña de prevención debe estar dirigido a diversos sectores sociales, entre esos el literal e) en el que se menciona a las patologías sexuales como la homosexualidad, prostitución, violación y/o estupro (2016). A partir de esto, el SIDA está como un síntoma manifiesto de la primera enfermedad, un mal que se naturaliza por estar fuera de la norma. Estos cuerpos pasan de ser un “otro” inaprehensible, a ser una analogía tácita de contagio.

Lemebel construye desde la perspectiva de las locas la llegada del sida a América Latina. *Loco afán. Crónicas de sidario* tiene una propuesta neobarroca que exhorta e hiperboliza la enfermedad, la muerte y la vida. Por otro lado, Vallejo está colocando la enfermedad como un efecto más de un sistema infectado. El sida va a germinar en el cuerpo de Darío, el menor de los Rendón, descrito como el vicio personificado, que el Vallejo-narrador decidirá cuidar en su etapa agónica. Vallejo desmitifica a la enfermedad, ya que no la ve como una plaga que afecta directamente a un cuerpo homosexual, sino a cualquier irresponsable que ha nacido en un hogar conflictivo (este último también refleja la Colombia que tanto critica Vallejo).

Aunque el libro es publicado en el 2002, el contexto en el que nos ubicamos es mediados de los años 90. Vallejo sugiere que su hermano, Darío, está dentro de todas las patologías sociales: drogadicción y homosexual. Sin embargo, el SIDA para el narrador autobiográfico, a través de esta sugerencia, Darío es parte de las estadísticas y producto del olvido por parte del Sistema General de Salud:

Diversos autores atribuyen la raíz de esta situación a un asunto jurídico, la naturaleza del artículo 48 de la Constitución Nacional —promulgada en 1991— que convirtió la seguridad social en un servicio, y a la sanción de la Ley 100 de 1993, que reestructuró el Sistema Nacional de Salud para convertirlo en el Sistema General de Seguridad Social en Salud, surgiendo en consecuencia un sistema de mercados regulados de seguros en salud y atención gerencial con clara perspectiva de privatización del sector, lo cual afectó tanto el acceso a la salud de las personas a los servicios de salud —en particular las PVVS— como la notificación y la capacidad diagnóstica y operativa para reportar los casos. (Panorama del VIH/SIDA en Colombia 1983-2010, 2012, 34).

El cuerpo de Darío se inscribe en una homosexualidad sugerida por el Vallejo narrador. Aunque Darío es víctima de una enfermedad para maricas, el silencio del narrador al no ponerle un nombre a las “aficiones sexuales” de su hermano son producto de una sociedad heterocéntrica y heteronormada. Sin embargo, Darío no es maricón ni homosexual, es basuquero y ese es su principal error. Para Vallejo eso sería el primer paso, que en gradación, terminaría en el más peligroso de los vicios: que le gusten los muchachitos.

La noción de contagio propuesta por Gilles Deleuze y Félix Guattari en *Mil mesetas* es necesaria para entender a los personajes de Lemebel en su relación con sus semejantas. El contagio puede ser visto como una zona de alianza de entes que no se reproducen, “la propagación por epidemia, por contagio, no tiene nada que ver con una filiación por herencia, incluso si los dos temas se mezclan y tienen necesidad el uno del otro.” (Deleuze y Guattari, 2010, 247-248). El contagio se convierte en una forma de hacer extensivo el SIDA tanto en su carácter infeccioso como de alianza entre el “ghetto” homosexual. Óscar Guasch en “Homosexualidad, masculinidades e identidad gay en la tardomodernidad: el caso español” explica que el guetto es un espacio interrelacionado, “Hay que insistir en que el ghetto, más que un espacio urbano, es sobre todo un espacio social y simbólico. Adecuarse a las expectativas que tiene la sociedad heterocéntrica sobre lo gay también es una forma de guetto que marca las fronteras de lo socialmente posible.” (Guasch, 2008, 30). Es

decir que, la patologización² es al mismo tiempo aislamiento y se verá como un proceso de inmanencia sobre el cuerpo homosexual. El sida es una enfermedad que es exclusiva por todos los actos que se dan en la clandestinidad de la heteronormatividad.

La existencia “cola” de por sí significa alianza, por eso Lemebel marca el territorio homosexual en la “sodomadisco”, en el “ghetto” o la acción callejera que se lleva a lo largo de la avenida San Camilo bautizada como “Lo que el SIDA se llevó”, que representan ampliamente estos mundos organizados en función de una vida fuera de la norma. Estos delimitan el acceso a quienes son parte de él. Lo que para Deleuze y Guattari se podría reconocer como el contagio de manada. Todas las locas ya sea por la enfermedad o por solidaridad estarán en el ambiente sidado.

Se rescataron viejos demonios del activismo de los años setenta, que nunca habían muerto del todo: el sexo como consumo alienante, “el ambiente” como gueto, como cárcel o espacio comercial de libertad vigilada, la “identidad” como confirmación del estigma, la pluma como expresión de misoginia... Pero no se logró parar el sida. Tales demonios eran bien ejercicios de corporalidad, bien ejercicios colectivos de autonomía desde el propio cuerpo. (Martirio en Llamas, 1995, 187).

El estigma, en el caso de las locas propuestas por Lemebel, va a adquirir un significado más amplio, dejan de ser grupo enfermo, para ser zona de alianza. Se convierten en un abrazo a la patología, viendo la enfermedad como una posición política. Este activismo sidado le da el valor al cuerpo, con una nueva estética y otra visión para enfrentar al mundo higienizado, que siempre los suprimió. Como lo que explica Martirio, activista LGBTI española, que la libertad sexual ahora asume el rol de estigma identitaria, aunque el sida era un efecto colateral que no se logró aplacar detener.

En el caso de Vallejo, el regreso del hermano-narrador, para la contemplación de la agonía de Darío implica una alianza de vecindad y lejanía al mismo tiempo. Según el concepto de Deleuze y Guattari, el cuerpo no adquiere una forma, ni se transforma, sólo involuiona. Darío empieza a irse de sí con la diarrea incontrolable que padece de hace tres meses y su hermano pretende curarlo con sulfaguandina,

² Según Guasch, la homosexualidad al igual que otras perversiones está definida bajo el mismo patrón: es un error y desacierto de las emociones. Además está ligada a la idea de poderla curar incluyendo tratamientos (2008).

que sería lo más cercano a preservar las funciones corporales a medias, pero finalmente vivas.

Se trata de otra lógica que no censura sino que reconoce en la homosexualidad otro modo de vivir el afecto, otro modo de hacer comunidad a partir de otras exigencias y necesidades. La homosexualidad compartida por los dos hermanos teje una red solidaria y cómplice que los lleva a compartir vivencias no sólo en Medellín sino en Nueva York. (Pérez, 2015, 479).

Tal cual explica Andrés Pérez Sepúlveda en su artículo, “Herencias destruidas, la afección por el entorno: El desbarrancadero de Fernando Vallejo”, la relación Vallejo-narrador y Darío va a ser de alianza por compartir una característica que los vuelve igual de semejantes: la homosexualidad; la enfermedad no infecta porque el entorno familiar y nacional ya se han encargado de afectar a todos. Vallejo tiene una propuesta más familiar con una escritura doliente, resentida y despectiva. La alianza es natural y el enfermo del relato es Vallejo-narrador, que está presente en el proceso de agonía de Darío se producirá el real contagio. No es sexual porque Darío se convirtió en un cenobita desde su hamaca; sino de pensamiento. La zona de vecindad entre Darío-vicio y Vallejo-narrador se va a hallar en la reafirmación de los afectos y la renegación del nuevo estado de vida. La homosexualidad es sugerida, pero no es *leit motiv* del relato, sino que se le da el valor que socialmente se le omitió: amor entre hombres.

Es decir que, si en un principio se buscaba borrar estos cuerpos errados, por categorizarlos de alguna manera, de una vez contagiados pasan a ser sidados y, por ende, aislados. Esto es devenir, es una convivencia y encarnación en el cuerpo de la enfermedad de tal manera que esta invade y toma lugar en el espacio. Utilizando la noción de devenir de Deleuze y Guattari, devenir es una vecindad que no consiste en un acto mimético, es una identificación que se produce a partir de una simbiosis con el sujeto/objeto a devenir (Deleuze y Guattari, 2010). Un cuerpo sidado es agenciado desde la enfermedad, no responden al lugar común de la medicina que es busca representar un foco infeccioso o encarnar a la bacteria. Tanto los colas chilenos como Darío representan el desafuero luego del diagnóstico, aquí no se puede hablar de una agencia³ de la enfermedad per se, sino de una vida agenciada a partir del diagnóstico.

³ Para Judith Butler en su libro *Mecanismos psíquicos de poder* (1997) el concepto de agencia se aplica en el sujeto y es “el sujeto es, al mismo tiempo, el resultado de una subordinación externa –

En este capítulo se analizará las zonas de alianza y cómo se trabaja la noción de contagio en la crónica *El último beso de Loba Lámar (Crespones de seda en mi despedida... por favor)* y *El desbarrancadero*. Devenir-contagioso se convierte en esa irrupción en el espacio inmunitario. No es una amenaza social porque están demarcados en los límites de este, sin embargo, representan una nueva forma de habitar el cuerpo, como diría el propio Lemebel, “frívolas, cadavéricas y ambulantes”, que se lee como la posibilidad de un nuevo estándar saludable en este tipo de cuerpo.

El cuerpo del “cola” deviene en contagio, afecta al espacio higiénico y “enferma” a sus compañeras, quienes la cuidan. La enfermedad se puede leer como un efecto que causa efectos tanto con mortalidad e infectividad como en los afectos. Según lo propuesto por Lemebel, las locas van a girar en torno a Loba Lámar para cuidarla, contemplar su agonía y mejorar su apariencia al morir. Darío es asistido por su hermano, que por fraternidad acude al último mes de vida de este y así tratar de remediar la distancia geográfica que los separó. El cuerpo viciado de Darío ya no deviene en contagio, es una especie de vicio encarnado, habituado y el SIDA es lo último que le podría pasar.

Si el rosa pálido combina bien con el lila cerezo: el último beso de la Lobita

Esta crónica resumiría lo que la imaginería cultural ha propagado como “la unión hace la fuerza”. Pero de acuerdo a la temática del libro, es un ritual al contemplar el cuerpo de Loba Lámar cadavérico. La organización travesti en torno a la agonía y a la posterior muerte de la Loba es la contraparte de la soledad que ha asediado al cuerpo infeccioso, pero al mismo tiempo la negación positiva de la enfermedad. En este apartado se pretende analizar las formas de convivencia con el SIDA entre Loba Lámar y sus amigas “locas”, y cómo devienen en contagio, independientemente de estar enfermas o no, como el caso de la Loba.

Javier Guerrero y Nathalie Bouzaglo en la introducción a la compilación de relatos *Excesos del cuerpo* explican que la enfermedad es la representación del terror al cuerpo desgastado: “La enfermedad es una suerte de pantalla en blanco sobre la que proyectamos miedos, terrores, paranoias, fobias y ansiedades. Es una proyección

entendida como derivación de agencia y la condición misma de esa agencia.” Es decir que, a partir de esa subordinación naturalizada, se pretende hallar códigos que crean alianza con esa nueva forma de estar en un contexto específico.

ejecutada colectivamente que en muchos casos opera con precariedad absoluta y en otras, con pasmosa sofisticación.” (Guerrero y Bouzaglo, 2009, 9-10). La enfermedad es, en consecuencia, producto de una reacción social que toma cuerpo en el individuo. En una lectura más amplia, equivale al valor que se le da a la enfermedad a nivel colectivo; tanto así que las nociones de pandemia y epidemia responden a una categorización amenazante al colectivo. El sida también es una enfermedad social, por lo que la dinámica grupal es la que se verá afectada y puesta en alerta:

El SIDA adoptó en su inicio la imagen de una enfermedad muy grave que se extiende rápidamente y que en su aparición y gravedad excedía lo esperado sobre el efecto y transmisión de otras enfermedades infecciosas conocidas. Esta representación de imprevisibilidad y mortalidad rápida en colectivos humanos muy concretos, ha caracterizado las primeras etapas de su expansión, por lo que no es de extrañar su permanencia en el pensamiento de sentido común como elemento esencial para su comprensión. (Bueno, Madrigal y Mestre, 2005, 36).

Lemebel revive, a través de la función de cronista-flâneur, esos días de fiesta y plaga con las locas, que el narrador dice conocer porque nos da a entender que es el único sobreviviente. En *El último beso de Loba Lámar* abre la tragicomedia de la sofisticada Loba Lámar, contagiada en el Caribe y moribunda, “Que el más menos da negativo, o el menos más da positivo, a la chucha los números, a la cresta la vida. Y si estoy premiada, este papel no me va a convencer” (Lemebel, 1997, 42). En este fragmento se puede observar cómo el diagnóstico pasa a ser desvalorizado. La vida por encima de los números evidencia el sida que invade pero que no es amenaza.

El sida es parte de lo concreto, lo material, lo que lleva un nombre. En este caso, el cuerpo. Lemebel construye el sida a partir de toda la carga discursiva que pesa sobre el cuerpo marica: errancia, las prácticas sexuales y la patología. El número al que se niega creer la Loba es la representación de descolocar a lo que médicamente se había dispuesto de este cuerpo. En ese sentido, la renuncia a la vida es el discurso disidente al sistema. El testimonio es contar como un acto político y de denuncia al sistema que pretende silenciar las formas distintas de la sexualidad.

Foucault en *Historia de la sexualidad: voluntad del saber*, capítulo I, “Nosotros los victorianos” explica que lo discursivo es el resultado del poder+saber+sexualidad. A finales del siglo XVI empieza la restricción del sexo, ya que la sexualidad empieza a ocupar la función de una ciencia. La hipótesis represiva

consiste en el cúmulo de actividades enunciadas como sexuales y empezar a restringirlas (2008). En el caso de Lemebel, el sida y el cuerpo son formas de la sexualidad polimórfica, de la que también habla Foucault, que aplica la oportunidad de denunciar las categorizaciones producto de la modernidad: la devoción a la heteronormatividad. Las locas de Lemebel al ser portadoras del virus representan ese doble discurso disidente, son obligadas a no ser parte de un cuerpo social por su dinámica sexual y por renunciar a un cuerpo coherentemente sexuado; por ende, al estar infectado, el poder los aísla.

Por otro lado, Susan Sontag en *El sida y sus metáforas* (1988) explica que el contagio del SIDA viene acompañado de la culpa y la carga infecciosa, el aislamiento y el estigma de un cuerpo que desconoce cómo contrajo la enfermedad. Retomando la definición de enfermedad de Guerrero y Bouzaglo, Sontag explica la carga punitiva del SIDA y al mismo tiempo la carencia de conciencia en cuanto al contagio. En el caso del personaje de Lemebel, la poca importancia a los números del examen es la respuesta no normativa a la enfermedad, un cuerpo que no vive en culpa. Sin embargo, el castigo, la punición y el rótulo no son lo único que dice Sontag sino expandir el espectro de la enfermedad. El sida es ahora un tema enunciado, analizado como el síndrome que es pero que pertenece se asienta en distintos cuerpos. Sontag pretende denunciar las metáforas de la enfermedad de lo que la biomedicina pensó que tenía la autoridad de decir sobre el cuerpo portador.

Lemebel coloca a el cuerpo sidado que ya no es sano, es decir, ya no es más Loba Lámar, es SIDA. Pero, ¿por qué Loba Lámar se asume SIDA y no persona? Porque la enfermedad y los mecanismos de poder le han atribuido el estatus de “sidosa” “El SIDA, para la Loba trastornada, se había transformado en promesa de vida, imaginándose portadora de un bebé incubado en su ano por el semen fatal de ese amor perdido.” (Lemebel, 1997, 44). La incubación-invasión es la toma del continente por el contenido, Loba Lámar ya no puede ser la Loba porque eso sería regresar a las plumas y el color que no es su estado primigenio, este lo adquirió por elección. Loba debía involucrar para asumirse en otro estado: devenir-contagio o devenir-contagiosa. Este devenir en la obra de Lemebel representa el nuevo habitante, infeccioso y mortal pero que no ha vaciado el cuerpo de la loca, sino que ha migrado a ser foco infeccioso que se proyecta como un personaje de la disidencia médica.

El devenir-contagiosa es una forma de vecindad con la muerte, por eso la negación a los médicos, “son parientes de los sepultureros, decía” (Lemebel, 1997, 43), y al mismo tiempo la paradójica idea de mejorarse en el decaimiento “La Lobita nunca se dejó estropear por el demacre de la plaga; entre más amarillenta, más colorete; entre más ojera, más tornasol de ojos.” (Lemebel, 1997, 42). El relato continúa con un Loba que no se abatía por la enfermedad en pleno verano chileno, hasta que en invierno le llegó la etapa agónica. Frente a esto, sus compañeras de cuarto empiezan a organizarse para cuidar de la Loba. La enfermedad luego de encarnarse en la Loba empieza a hacer efecto somático en sus compañeras, que deben procurar porque la enfermedad no se extienda pero sí se convierta en un dolor colectivo. El personaje de la Loba Lámar es el centro de atención de las locas que la acompañaban en su lecho de muerte.

La muerte va a ocupar el lugar de la expectativa. Las locas, sus amigas, se van a congregar alrededor de la agonía ya que las zonas de alianza de las que hablan Deleuze y Guattari deben empezar a tener efecto grupal: la somatización, el contagio para igualarse en condición. En ese sentido, el velar la muerte de la Loba es un ritual que es un reflejo inverso: es el grupo que reconoce que pronto le podría suceder. Es un abrazo a la enfermedad y a la identidad cola de la que habla Lemebel.

La manada es una metáfora de involución, ya que se aplica sobre un cuerpo animalizado o que ha creado dicha alianza con la forma que ha adquirido. En el caso de las locas de Lemebel, todas girarán en torno a Loba Lámar; por un lado, para ver la infección como inmanencia del cuerpo que encarnan, y, por el otro, como filiación afectiva con la Loba.

Este traspaso del cuerpo sidado en el contagio de manada es guardar o encontrar alianzas en la enfermedad, pero deviniendo contagio por la constitución naturalizada de la “loca”. La Loba representa ese terror, pero también, es metáfora de los afectos que desde las carencias e impaciencia de los miembros de esta manada empieza a producir fraternidad y empatía por el cuerpo tomado por la infección.

Este terror se ve diluido una vez que el cuerpo sidado ha muerto ya que se apacigua la imagen de la enfermedad. “Y en ese río de llantos vimos partir a nuestra amiga, en el avión del SIDA que se la llevó al cielo boquiabierta.” (Lemebel, 1997, 46). Luego que el cuerpo devenido en contagio está evidenciando todo lo que significó haber adquirido esta nominación, la manada empieza el trabajo por decorar

el cuerpo para que el contagio devenga en belleza. La Loba luego de ser fiebre, hematomas, delirios y vómitos, deviene belleza por motivación de la manada de locas que aspiraría a lo mismo de ser ellas.

El concepto de minoría testimonial desarrollado al inicio del apartado representa la lucha frente a lo que el cuerpo social pretende disponer de la minoría. Dentro de esto, el ritual es no sólo perpetuar la ceremonia del adiós sino la evidencia de la disidencia sexogenérica representada por este grupo que reivindica la organización minoritaria, “Este sí le queda regio y alcanza a sujetarle las mandíbulas antes que se ponga tiesa. Anudado en la frente por favor no, que esas puntas se ven como orejas de conejo y parece Bugs Bunny la pobrecita.” (Lemebel, 1997, 46). El cuerpo habitado por el sida es ahora una preocupación grupal, un culto a la belleza que es precisamente para ocultar dicho estado primigenio, de decadencia y enfermedad. La belleza es un ritual celebratorio en donde la muerte se frena ya que recibirá un cuerpo cuidado. Los rastros de enfermedad empiezan a diluirse, no porque ocupen el lugar del estigma, sino porque durante la agonía ocupó al cuerpo concreto del discurso de Lemebel.

El grupo trata de borrar las secuelas de haber sido habitado por un virus. El virus como tal es una abstracción y transformación de nuevas formas de vida, en la construcción de la Loba es una correspondencia de su cuerpo, el mal de la belleza pero la manada es el que enfrenta dichos residuos. En este caso, el grupo empieza a desmembrar el cuerpo para embellecerlo. La Tora, una de las locas que había tenido un pasado bastante masculino, se encargaba de arreglarle la quijada que se había virado luego del rigor mortis, con golpes lograron dibujarle una sonrisa.

Luego del proceso de embellecimiento, la Loba era un cuerpo marica, desmasculinizado una vez más, evidencia tácita de lo que fue tanto el sida como su vida antes de ésta. “Sólo entonces la soltó, y todas pudimos ver el maravilloso resultado de esa artesanía necrófila. Nos quedamos con el corazón en la mano, todas emocionadas mirando a la Loba con su trompita chupona tirándonos un beso.” (Lemebel, 1997, 48). En esta cita se puede observar cómo la dinámica grupal ha funcionado, y el beso es el acto final de resistencia del cuerpo frente a la enfermedad porque ésta la ha abandonado y al fin retomar la presencia hiperbólica y simulada de la Loba.

La Loba no es un cuerpo que pertenece a la muerte cadavérica, pero se perfeccionó ese devenir, el de contagio a partir del de mujer. Se lo mejora con la finalidad de que ambos devenires compongan otro panorama corporal de la Loba, “No se imita: se constituye un bloque de devenir, la imitación sólo interviene para ajustar ese bloque, como en un último afán de perfección, un guiño, una firma” (Deleuze y Guattari, 2010, 303).

Es así como el cuerpo que deviene en contagio parte de un devenir previo. Sin embargo, por motivos de este trabajo, no se pretende profundizar en el primero. Esta crónica de Lemebel refleja cómo el devenir-contagioso es un estado de vecindad con la enfermedad, que habita en el cuerpo y que la carga punitiva lo tildaría de “sidoso” de manera descarnada. A partir de esto se ha decidido que se le catalogue como cuerpo sidado, que es un nivel de correspondencia entre la enfermedad y su convivencia en el espacio inmunitario.

La vida es un sida: Darío, maricón

Darío es maricón. Para Óscar Guasch ser maricón es peligroso porque vive el deseo entre hombres, sin embargo, no lo hace en la medida que la sociedad lo valide. Esto implica que, “el maricón posee los marcadores de género (roles, apariencia y actitud) prescritos para un hombre; pero desafía la norma que prohíbe a los hombres desearse entre sí. (...) puede acceder a los espacios masculinos sin ser detectado.” (2008, 37). En ese sentido, Darío es caracterizado como basuquero, que le gustan los muchachitos y el alcohol. La perspectiva narrativa autobiográfica se permite licencias en cuanto a los actos de descripción del personaje principal ya que desde esta mirada masculina hegemónica pretende transferir toda la carga de punición social. Aunque esta es contradictoria, ya que el narrador también se identifica como amante de los jóvenes y lo anteriormente mencionado puede ser considerado como utilizar la voz de la autoridad en un afán paradójico.

Darío y su hermano empiezan a recobrar el afecto pendiente. Fernando, la veta autobiográfica de Vallejo en esta novela, cuidará de Darío que agoniza de SIDA. El SIDA empieza esta zona de vecindad que los hará uno mismo a lo largo del mes que están juntos antes de la llegada de la muerte. Deleuze y Guattari hablan del contagio como condición de la manada, sin embargo, la novela de Vallejo exime a un contagio social. Las instituciones como el Estado, la Iglesia y la medicina empiezan a ser cuestionadas a lo largo del relato.

Se asevera un cierto tono naturalista porque la enfermedad –el SIDA de manera específica– va a ser el producto de las condiciones sociales colombianas. Darío era basuquero, marihuano, borracho, maricón y sidoso. Es un cuerpo-vicio que se va a alejar de todo tipo estigma; está más allá de la causa y efecto. El cuerpo-vicio no es el mismo del no normativo sidado que propone Lemebel. Darío es el resultado inminente de La Loca, el desafuero de los Rendón del que habla el narrador, y de una patria que enferma.

Volví cuando me avisaron que Darío, mi hermano, el primero de la infinidad que tuve se estaba muriendo, no sabía de qué. De esa enfermedad, hombre, de maricas que es la moda, del modelito que hoy se estila y que los pone a andar por la calle como cadáveres, como fantasmas translúcidos impulsados por la luz que mueve a las mariposas. (Vallejo, 2016, 10).

Ricardo Llamas en su artículo “La reconstrucción del cuerpo homosexual en los tiempos del sida” asocia al sida con las pulsiones carnales. Agrega que, el sida es producto de la idea poco idealizada entre el amor y el sexo (1994). El cuerpo de Darío y las prácticas HSH van a convivir con el efecto de estar enfermo por la priorización del sexo, pero a su vez es la culpa de un sistema nacional de salud que no resguarda a la víctima de la enfermedad, al contrario coloca el estigma causal de la enferma, lo diagnóstica y aísla a una minoría enferma.

Andrea Kottow en su artículo “El SIDA en la literatura latinoamericana: prácticas discursivas e imaginarios identitarios” sobre *El desbarrancadero* explica: “La novela se constituye a partir de la asunción de ese desmoronamiento; metonímicamente la enfermedad de su hermano es sólo un signo de la muerte que se vuelca sobre toda la casa que, a su vez, es sólo un punto en la mortífera ciudad de Medellín, urbe que representa extensivamente a Colombia, país contenedor de todo lo malo de Latinoamérica.” (Kottow, 2010, 256). En ese sentido, Colombia representa al sistema que rechaza y olvida. Como anteriormente se había mencionado, primero está el abandono por parte de un sistema de salud que no funciona, pero a su vez está presente el sistema heterocéntrico que fundamenta a lo primero para invalidar a Darío.

Darío parecería el cuerpo distinto dentro de la narración. Postrado en su hamaca, cadavérico, con hematomas azulados, fumando marihuana y bebiendo aguardiente. Sin embargo, eso es realmente un cuerpo cotidiano:

Es una analogía de proporcionalidad. En el primer caso, tengo semejanzas que difieren a lo largo de una serie, o de una serie a otra. En el segundo, tengo diferencias que se asemejan en una estructura, y de una estructura a otra. La primera forma de analogía se considera más sensible o popular, y exige imaginación: sin embargo, se trata de una imaginación estudiosa, que debe tener en cuenta ramificaciones de la serie, llenar las aparentes rupturas, conjurar las falsas semejanzas y graduar las verdaderas, que debe tener en cuenta a la vez progresiones y regresiones o graduaciones. (Deleuze y Guattari, 2010, 2)

Darío guarda una relación de semejanza, es proporcional a la palabra “vicio”. A diferencia de Lemebel con la Loba Lámar, que a medida que los síntomas aparecían y se encarnaban en su cuerpo; Darío ya es vicio, está en permanente exhibición de todos los valores de la Medellín que refigura Vallejo en su obra. Es decir que el SIDA como tal, aparece para cerrar el ciclo viral. Darío es metáfora de una Colombia corrompida. Lo que significa que ser maricón, drogadicto y alcohólico no lleva la carga punitiva, ni siquiera representa un resultado del sistema como tal, es un modo de vida. El sida es la vida y la vida es el sida. Vallejo sutilmente en vez de decir A, logra ocupar el discurso con B y metaforiza a partir del cuerpo de Darío todo aquello que ha consumido (hablando desde lo sexual hasta los narcóticos):

Tan mal se le llegaron a poner las cosas a Darío por causa de sus salidas de órbita que él mismo un día, motu proprio, se planteó el dilema de qué vicio dejar, si el aguardiente o la marihuana. Y su decisión fue: ninguno. Y para refrendar sus firmes propósitos agarró el vicio de moda, el de los jovencitos, el basuco o cocaína fuma, que ‘acaba hasta con el nido de la perra’ como decía mi abuela, pero con el verbo plural y a propósito de sus ciento cincuenta nietos. (Vallejo, 2016, 21).

Darío representa al basuco, aguardiente y marihuana. El ser sida ya ni siquiera es un estado, ni un nuevo estándar de salud. El personaje de Vallejo tiene como asunto pendiente reforzar su existencia en el cuerpo vicio. Como anteriormente se dijo, no es un devenir en el pleno uso del concepto. El devenir se nota en el hermano-narrador. La enfermedad de Darío infecta el cuerpo, pero sobre todo la percepción de la vida que tiene el narrador. “Punto y aparte y sigamos. O mejor dicho volvamos, retrocedamos a los vicios que me estoy saltando el principal: el vicio de los vicios, el vicio máximo, el vicio continuo de estar vivos, del que todos algún día nos vamos a curar y hasta el mismísimo Papa” (Vallejo, 2016, 22).

Cabe recalcar que la novela está construida en constantes digresiones, el narrador tiene el espacio y tiempo para poder explicar su percepción de su vida y la vida de Darío. Es él ahora quien asume el SIDA como un acto cotidiano. Al igual

que la Loba Lámar y sus antojos agónicos, Darío empieza con esta serie de pedidos que se ven impedidos por la diarrea constante. “Al final de su vida a Darío le entraban antojos de embarazada. Quería lo uno, lo otro, lo imposible. Creo que porque sabía que ya se iba a morir.” (Vallejo, 2016, 24).

Darío siempre fue vicio. Es por eso que el relato del Vallejo-narrador se inscribe en un devenir enfermedad porque la asume por Darío, pero también es aliarse a Papi que alguna vez estuvo enfermo. A su vez, deviene en contagio al momento de dar los resultados positivos. Pero, luego del consejo de su hermano, trata de vivir. ¿Qué es la vida sino un sida? Esta es la pregunta que formula Vallejo a lo largo de la novela. El SIDA es una invención de todos los vicios, es un acto mimético que se desarrolla en diferentes tiempos y espacios. Para la literatura de Vallejo el contagio es una noción poco explorada, el aporte que hace Vallejo es generalizar la pandemia, quitarle el estatus de alerta a la plaga y manifestar que todos los cuerpos, dependiendo del sistema social que los circunden, van a estar enfermos.

El cuerpo de Darío no es portador, no es un número más en la tasa de enfermos de SIDA, sino es la absorción de la vida, del desafuero. Vallejo utiliza la metáfora del huracán para describir a Darío luego del diagnóstico “-Hermanito, basta, que ya estás más papista que el Papa- ¿Basta? ¿Decirle ‘basta’ a un huracán? El huracán para cuando se acaba.” (Vallejo, 2016, 46).

En “El cuerpo no tiene la culpa de na” de Martirio, encontrada en la compilación hecha por Ricardo Llamas, *Construyendo sidentidades*, explica la construcción del cuerpo sidado como equivalente al homosexual. “La visibilidad del sida, desde sus inicio, se homosexualizó. Todo cuerpo con sida pasó a ser homosexual, o, en todo caso, un cuerpo desalmado (cuerpo de mujer, de drogadicto, cuerpo pobre, negro o de inmigrante).” (Martirio en Llamas, 1995, 179). El cuerpo de Darío es resultado de una cadena de estigmatizaciones corporales, en el caso de ser maricón y acceder al placer entre hombres, por ende enfermar más adelante por olvidar el afán reproductivo (que finalmente es una cadena de supervivencia social) que debe tener el sexo.

No es que carezca de alma, más bien, la forma de encarnar el vicio es una cierta forma de alma y libertad. En la propuesta de SIDA que hace Vallejo subyace una visión de un cuerpo viciado que impulsa una estética decadente de vida. ¿Qué se puede esperar de Darío si todo lo que lo que está a su alrededor es lo que lo

consume? “El sida no hacía sino confirmar (evidenciar) una realidad sólo física. El sida, caracterizado simbólicamente como enfermedad de transmisión sexual (ignorando otras vías de transmisión), solidifica la encarnación fantasmática del ‘homosexual.’” (Martirio en Llamas, 1995, 179). Darío es automáticamente un cuerpo que se alimenta de todas las condiciones de vida que le rodeaban. Un cuerpo absorbido por lo consumido y que ahora halla en otra forma de vida, la poca existencia que le queda.

Metonímicamente el proceso es otro, mientras el cuerpo para el SIDA es el lienzo para el desgaste; Darío es el que desgasta este concepto de enfermedad. Funciona, además, como un *enfermo tranquilo*; es un cuerpo que debe ser narrado porque no sólo lo circunda el SIDA sino la acumulación de recuerdos entre los hermanos. Es por eso que el Fernando-narrador transmite desde la autobiografía esta carga de la memoria para cauterizar la herida del SIDA; ahora es él el contagiado, este ser que devino-síntomas por el simple hecho de contemplar la agonía de su hermano.

La muerte y sus aullidos: Lemebel y Vallejo

El cuerpo es la gran repetición de ambas formas de tejer el SIDA como producto de las vida no-normativa y no-normada. El cuerpo como unidad se ve colisionado por la estadía del virus. El SIDA representa la degeneración inmunológica y, al mismo tiempo, aparece como un síntoma de una época específica.

En el caso de Lemebel, los “colas” pertenecen a un grupo diferente: marginales, feminizados y sidados. Por motivos del análisis, se prefiere utilizar dicha adjetivación, “sidados”, con la finalidad de entender al cuerpo desde la enfermedad y sus formas de agenciamiento. Retomando, el cuerpo como tal, para Lemebel, va a remitir a la autonomía. El SIDA representa una amenaza, pero a través del lenguaje se hiperboliza su habitar en el cuerpo, por lo que Lemebel propone una apertura parcial a un nuevo modo de salud.

El último beso de Loba Lámar cuenta la llegada del SIDA, el ataque al cuerpo. Es un viaje del virus por toda la manada de locas. A su vez, la presencia del síntoma psicológico en el grupo. La zona de vecindad no es la simple comprensión de la enfermedad sino la vivencia de ella. El cuerpo se transforma en un espectáculo de abierta asistencia, sin derecho de reservación. “Toda la santa noche mirándole su cara que en realidad se puso hermosa. Como una azucena negra la piel de seda

relampagueó en ese abismo” (Lemebel, 1997, 63). Es precisamente en este fragmento como se evidencia el cuerpo sidado, transformado y modificado en el síntoma. La Loba es SIDA y muere siéndolo.

El caso de Vallejo es la alegoría de la enfermedad. Es desde el cuerpo que ha consumido todo aquello que ha podido. El SIDA representa el cúmulo de todas las represiones sociales, es un efecto de la vida misma. Lo que significaría que, la vida deviene SIDA. A diferencia de Lemebel, este propone la vida como un sida. Es una épica de lo cotidiano, en donde Darío y el Vallejo-narrador deben combatir a través de los obstáculos de la vida en sus contextos político, social y económico.

Lemebel coloca a una plaga que ataca a un grupo específico que lo va a marcar como identidad. El sida será un nuevo estándar de vida o, quizás, un nuevo pretexto para amarla, es por eso que los personajes de Lemebel revalorizarán y le darán un sentido celebratorio a la infección, hiperbólicamente.

Capítulo II

El mapa corporal y el desahucio: el cuerpo inorgánico

La plaga nos llegó como una nueva forma de colonización, por el contagio

Susan Sontag en *La enfermedad y sus metáforas. El sida y sus metáforas* (2003), habla de la “peste” al inicio del capítulo cinco. La autora la define como metáfora que sustituye el significante “sida”. El sida para Lemebel es una plaga que arrasa y quita los colores a las locas. “En la medida en que adquirirían significado, las enfermedades fueron calamidades colectivas y juicios a una comunidad. Sólo las heridas y la invalidez, no las enfermedades, eran consideradas como merecidas por los individuos” (Sontag, 2003, 63), es decir que, de acuerdo al epígrafe que está en este acápite, la comunidad (grupo de transexuales) se ve afectada y golpeada por un castigo, por una calamidad que llevaba en sus espaldas el peso del juicio social, del afán higienizador que se lee desde lo moral y lo natural al ser cuerpos que quiebran la norma.

Sin embargo, parafraseando lo que Foucault explica, el cuerpo se vacía de significado y empieza a ser un significante. Lo que Lemebel está tratando de explicar es que la plaga se toma el cuerpo, vaciándolo de su representación desmasculinizada, que está provista de color y de una vida disidente, para habitar a la par con el sida. Ser marica no implica sólo ser un remedo o mala copia de una mujer, sino que conjuntamente es una alerta de peligro, incide en lo que socialmente se dispondrá del virus.

El castigo como tal no es la enfermedad, sino la monstruosidad que esta produce. El cambio del cuerpo será marca evidente de la enfermedad física, aquella que desgasta y hiede a muerte, pero también de la enfermedad moral. Lemebel coloca en los inicios del Chile moderno las historias del subdesarrollo, de las protagonistas de *Loco afán*. La enfermedad pasa de ser un castigo moralmente impuesto a los colas chilenos, para ser el castigo de una sociedad insurgente. Es decir que, el SIDA en un principio parecería ser el inicio de un cuerpo moderno, con una enfermedad mortal y moral, pero que, al ser adquirida por estos personajes, tendría ese valor de marginalidad, de insalubridad y sobre todo, de punición.

El cuerpo marica es abandonado por la historia. Foucault dice que a partir del siglo XVI se empieza a restringir en el discurso ciertas prácticas sexuales, no para borrarlas, sino para no entrar en la intimidad excesiva que estas conllevan. No se quiere oficializar las voces que sufren por antonomasia: si el cuerpo goza en demasía sin ningún tipo de control, la consecuencia será una enfermedad que clausure las zonas erógenas, se habla de un cuerpo sin órganos, incapaz de sentir. La homosexualidad, entonces, será el foco de caos de la modernidad o de un mal moderno, “En primer lugar, para muchos el sida refuerza el sentimiento general de crisis, la ‘sensación de que el fin está próximo’ fomentada por el acelerado ritmo del cambio cultural.” (Weeks, 1995, 203). Es así como Weeks explica que el sida va a de un estado de desmejoramiento a una revolución cultural. La idea de prevención y supresión a esos cuerpos, se convertirá en el lenguaje de alarma.

Decidí empezar esta parte de la tesis con la idea de hablar de los cuerpos en función de la literatura de Lemebel en el espacio urbano que va a demarcar el recorrido de la enfermedad. ¿Qué significa llegar por contagio? Es, en palabras sencillas, adquirir por cualquier vía una infección. Es parte de la imaginería cultural explicar que la enfermedad se inscribe en el aire, en la transmisión por contacto corporal y por los excedentes fluidos que dejan ver un estado de anomalía con las funciones regulares del organismo.

El contagio para Deleuze y Guattari, en el sentido más común, es una forma de afiliación por efecto dominó. Todos los cuerpos en algún momento, empiezan a adquirir los síntomas, y, por ende, deviene en el sujeto al que se ha decidido afiliarse. Sin embargo, el contagio se lee desde vaciar el cuerpo de significado, se lo toma por lo que representa y empieza a ser representado la enfermedad. Ese cuerpo, tanto como el de las locas de Lemebel como Darío están sujetos al discurso de poder. En el caso de Lemebel, estos están bajo la ausencia de un plan de salud ya que son considerados enfermos desde cualquier perspectiva. Mientras que Vallejo, expone al cuerpo a la protomedicina, que se convierte en algo humillante debido a que el cuerpo está casi a la par de un animal. Carece de sentido. Sin embargo, el contagio es también una marca del recorrido. Es un mapa que va a dejar en luces rojas de alarma homoerótica. Las crónicas de Lemebel son necesarias para ir entendiendo el sida y la expansión de un modelo, en donde el lienzo son las calles. “La calle sudaca y sus relumbros arribistas de neón neoyorquino se hermana con la fiebre homoerótica que en un

zigzagueo voluptuoso replantea el destino de su continuo gueviar.” (Lemebel, 1997, 115). Este cronotopo ubica la existencia cola en las calles, en el rozar del contagio, en la retórica de la seducción homosexual con la finalidad de recrear esta clandestinidad sexual, los juegos de seducción son parafernalia de la simulación trans en las calles. “La maricada gitanea la vereda y deviene gesto, deviene beso, deviene ave, aletear de pestaña, ojeada nerviosa por el causeo de cuerpos masculinos, expuestos, marmoleados por la rigidez del sexo en la mezclilla que contiene sus presas.” (Lemebel, 1997, 115); la maricada equivale a una nueva forma de demarcación geográfica. El transitar de las calles exhibe el ghetto, el zoológico que altera la pasividad sexual del hombre heterosexual.

Cabe también recordar que, *Loco afán. Crónicas de sidario* aunque publicado en 1997, empieza el recorrido entre 1973 y de ahí el despegue de la enfermedad que se vuelve atemporal. El cuerpo homosexual y las relaciones interpersonales a lo largo de esta crónica son producto de un juego homoerótico, explícito que utiliza figuras retóricas ampliamente ilustrativas, pero que, siguen haciendo referencia a un discurso en donde los hombres buscan a estos cuerpos que simulan ser mujeres y tienen sexo con ellos por la facilidad de acceso de la loca.

Según José Toro-Alfonso en su artículo “El estudio de las homosexualidades: Revisión, retos éticos y metodológicos” explica que esencialmente las relaciones entre hombres en el contexto latinoamericano se aprecian en evidencia en el marco urbano:

La esencia de la homosexualidad urbana y anglosajona como identidad permanente se reproduce en el imaginario del ghetto estadounidense, mientras en nuestras culturas latinoamericanas y caribeñas observamos y describimos a los “hombres que tienen sexo con hombres”. Esta clasificación remite a hombres que tienen sexo con hombres indistintamente de su orientación sexual; se incluye aquí de forma genérica a hombres homosexuales y a hombres que se identifican como heterosexuales pero que sostienen relaciones sexuales con otros hombres. (Toro-Alfonso, 2005, 85).

Lemebel crea esta simulación de la prostitución femenina para responder a la homosexualidad como un acto libre y voluntario en una ciudad que ya es un caos. “La vida en la city moderna traiciona el avatar sorpresivo del instante con las sendas planificadas por su calendarizado tedio. Para la loca, el mañana es un cuento demasiado literario que la sumerge en un bostezo aburrido” (Lemebel, 1997, 116), en esta cita, Lemebel traslada las aspiraciones que en la calle nacen como la suerte del

día a día. No existe mañana porque todo en ese espacio que se ha modernizado tan pronto y con un modelo económico bastante absorbente, los sueños se queda en el plano de lo irrealizable. La búsqueda de sexo es irremediamente un negocio, en donde las partes llegan a un acuerdo.

Por eso coincide con lo propuesto por Toro-Alfonso, que la identidad es una creación para acoplarse al espacio urbano. En el caso del mapeo de la homosexualidad propuesto por Lemebel en esta crónica, este es producto de la modernización, en donde las relaciones sexuales entre hombres con rasgos ampliamente masculinos son juzgadas como una amenaza a la heteronormatividad (considerada sagrada durante el Régimen). Lina Meruane explica que la gran preocupación del sida como un retrovirus expansivo se da a partir de la guerra fría, en donde el hombre nuevo aparecería para responder a las demandas del socialismo recalcitrante (Meruane, 2012). En ese sentido, el sida está dentro de un círculo urbano que adolece o es carente de apearse a las normas sociales y morales de cualquiera que fuere este contexto, “Quizás, la ideología tenga que ver con la búsqueda de la piedra filosofal, la joya auténtica, o ese fulgor de lucidez por el que los hombres venden hasta la madre.” (Lemebel, 1997, 117). Es así como, la simulación transexual contradice a los valores morales, pero que, son un acto voluntario de identidad de género entendido por Judith Butler como:

Los géneros «inteligibles» son los que de alguna manera instauran y mantienen relaciones de coherencia y continuidad entre sexo, género, práctica sexual y deseo. Es decir, los fantasmas de discontinuidad e incoherencia, concebibles únicamente en relación con las reglas existentes de continuidad y coherencia, son prohibidos y creados frecuentemente por las mismas leyes que procuran crear conexiones causales o expresivas entre sexo biológico, géneros culturalmente formados y la «expresión» o «efecto» de ambos en la aparición del deseo sexual a través de la práctica sexual. (Butler, 2007, 70)

En el concepto de Butler se puede hallar semejanza con la intención de Lemebel: los colas adquieren esa identidad porque es la identidad urbana quien les dota de este valor social. Por lo que, es mucho más coherente responder al deseo sexual, o mejor dicho, es un deseo socialmente aprobado, cuando la ideología no ha mediado y se puede ver una relación de negociación y, por ende, sexual, cuando se da entre un hombre que devino mujer antes que con hombres que responden a una identidad biológicamente instaurada.

La figura del devenir en Lemebel juega con los estereotipos homosexuales, la mariposa, la pestaña, el beso. El aparato de seducción de los homosexuales será el signo del sida y a su vez, es parte del negocio y del discurso callejero. El sida como tal sólo se encuentra en la calle, y esta al mismo tiempo huele a clandestinidad. En “Pedro Lemebel: género y sociedad”, Leonidas Morales explora el espacio urbano como escenario discordante entre el discurso elaborado por Lemebel y lo que realmente representa, opresión:

Las crónicas de Lemebel se escriben pues (y se leen) desde un presente así definido, en términos muy generales todavía. Pero esta comprobación es sólo un punto de partida para llegar a lo que aquí importa: el modo en que estas crónicas se sitúan frente al presente de su escritura, es decir, frente al despliegue cotidiano de la realidad social y cultural chilena inserta en un mundo globalizado. (Morales, 2009, 224).

Chile será el escenario inorgánico, la loca es el cuerpo vívido. Lemebel expone el cuerpo diverso en un juego de transgresión de las leyes morales del Chile derechista. Chile es igual a opresión, es por eso que, mientras, el espacio urbano censura y acepta la clandestinidad del cuerpo gay, ya que la plaga llegó, pero solamente ha quitado el color. En esta forma de recrear las calles de Chile, existe una crónica particular que se utilizará en este apartado, “Esas largas pestañas del sida local”, Lemebel habla del “sida local” como una estampa costumbrista, ya el sida, para el cola chileno es plaga o equivale a SIDA, pero ya no es VIH ni AIDS. Y dentro de ese mapeo de la circulación de la enfermedad, se hace una panorámica a los funerales de las locas. Lemebel utiliza estos recursos como un efecto de la descontrolada vida urbana:

Es el calco de la operatoria imperial, pero ahora el territorio disputado es Chile: antes de la conquista de los españoles y su religión impuesta a los mapuches (araucano es el neologismo español) y ahora la conquista del imperio del norte y sus postulados económicos neoliberales sobre una variante de la homosexualidad, la más loca y la más local, que repite a su modo, o se imagina repitiendo, la heroica resistencia del pueblo originario. (Meruane, 2012, 171):

Esas largas pestañas del sida local y esos diamantes extinguidos por el sida son efectos inmediatos del espacio que adquirió una forma, apegado a un discurso imperialista y completamente radical con la eliminación de los cuerpos no normativos. Lo que explica Meruane en la cita anterior es que, en los actos

discursivos, sobre todo en las figuras de Lemebel, se pueden observar cómo los cuerpos reaccionan al SIDA callejero por necesidad. Es imperioso venderse en cuerpo y alma, por eso el SIDA abre camino como un efecto postcapitalista que, es recordatorio de una muerte sidada. Lemebel asume al retrovirus como un accidente de trabajo. En ese sentido, la enfermedad es efecto inmediato de la aceleración de las políticas neoliberales. Las locas chilenas empiezan a sufrir las consecuencias directas de la explotación del cuerpo que, sin embargo es producto del placer. De esta manera estar enfermas no es sinónimo de luto sino de haber “trabajado el cuerpo” en la medida del goce.

“Los funerales de una loca contagiada por el sida se han transformado en un evento social. Una exhibición de modelos Calvin AIDS recién estrenados, primorosamente escogidos para despedir a la amiga como se lo merece.” (Lemebel, 1997, 107). La loca contagiada, es una hermana caída, igual que la tragicómica ritualización de Loba Lámar, que se analizó en el capítulo anterior. El cuerpo va a producir un mapa y la localización del sida. Metafóricamente construido, hablamos de los síntomas: hematomas, cansancio, sudoración, etc., pero en el plano de lo denotativo, el cuerpo va tomando el espacio urbano como una forma de transgresión. Es una retórica contestataria al ¿tengo sida, y qué?, que claro está es producto del esfuerzo del trabajo sexual, que es una actividad dignificada para Lemebel, “La marica, allí cree que lo encuentra y lo mama, lo atraca y lo deja partir apenas archivado en su abanico manoteado de abrazos.” (Lemebel, 1997, 107).

El sida se ha naturalizado en el círculo gay, por ende, este se encuentra y escribe su historia desde las calles y su presencia corpórea. “La presencia travesti en el contexto de la ciudad sitiada por el régimen reclama un espacio propio. Lo hace al apropiarse del espacio público —de la calle— con este desfile de sus cuerpos desnudos. La ostentosa, escandalosa y artificial presencia de las locas...” (Kulawik, 2008, 109). En la cita anterior de Krzysztof Kulawik en su artículo “Travestir para reclamar espacios: la simulación sex-/text-ual de Pedro Lemebel y Francisco Casas en la urbe chilena”, explica que, la forma más evidente es el estruendo visual y sexual de las locas en las calles, por antonomasia, el sida va a campar en los actor recursivos del coqueteo. El sida y la calle, por lo tanto serán esas formas de apropiación, y de esa manera, las formas de ritualización de la muerte serán localizadas en el contexto chileno, cola y sidoso.

En ese sentido el ritual funerario de la cita anteriormente introducida se inscribe en el espacio urbano y cómo los actantes o involucrados observan los discursos sociales en la enfermedad. “El estigma de la plaga, que en los ochenta hacía huir como ratas a las amigas, negando mil veces haber conocido a la occisa. Esa virulencia homofóbica que entonces mostraba cortejos de cuatro pelagatos acompañando un ataúd huacho” (Lemebel, 1997, 105), en esta cita, el área de infección se ve en el rito del velorio. Los cuatro pelagatos observan el ataúd huacho porque dentro de él está un cuerpo irreconocible. La literatura de Lemebel es provocativa, el primer efecto de la enfermedad es la asociación de virulencia y la martirización del cuerpo. La virulencia es sinónimo de vergüenza, el estado de construir el ser loca y transformarse en un cuerpo sidado, es lo que hace que en inicios las amigas de la occisa, la nieguen. No quieren estar dentro de la retórica de la muerte. La muerte por sida es respuesta a la violencia producto de un sistema incólume. “El interés por la explicación de la violencia se relaciona también con estados afectivos particulares como el miedo.” (Sabido Ramos, 2011, s.p), para Olga Sabido Ramos en “El cuerpo y la afectividad como objetos de estudio en América Latina: intereses temáticos y proceso de institucionalización reciente”, en el caso de Lemebel, la violencia de la enfermedad se ve mediada por los afectos que cruzan entre la relación occisa-loca que no se quiere contagiar.

Lemebel, además, propone una suerte de crítica a una enfermedad-plaga que no niega su presencia a nadie. En esta crónica a analizar, Lemebel profundiza en la épica de lo cotidiano en el grupo de locas, “De esta forma, las locas engalanadas con el drama han hecho de su muerte en un tablao flamenco, una pasarela de la moda que se burla del sórdido ritual funerario” (Lemebel, 1997, 108), en la retórica lemebeliana, se encuentra la dicotomía del performance transexual; para el grupo de locas es penoso que una muera, sin embargo, el valor del cuerpo enfermo explica cómo estos pertenecen a lo marginal de la enfermedad. No existe ni Dios ni ley, la loca no cree en la medicina, no tiene ánimo rector sobre lo que ocurre con ella.

En el marco del mapa corporal, el homosexual también se inscribe con la prevención y muerte. El sida es inevitablemente sinónimo de muerte y esa equivalencia tan negativa es propia de sus formas de manifestarse en el cuerpo. Para Sontag la llegada del sinónimo de “La catástrofe del sida sugiere la necesidad *inmediata* de limitarse, de constreñir el cuerpo por el bien de la conciencia. Pero la

reacción al sida es más que negativa, más que temerosa y, por consiguiente, apropiada ante un verdadero peligro. También expresa un deseo positivo, el deseo de poner límites más estrictos a la conducta de la vida personal” (Sontag, 2003, 79). En esos flancos, las otras locas deben permanecer más al margen. Como Lemebel bien ubica, en los años ochenta el sida merece hasta la negación de conocer a la occisa, mientras que durante los años noventa va a transformarse en un prendedor. La muerte como tal es el peldaño final, terriblemente llegará al cuerpo y se manifestará con una larga agonía. Sin embargo, en la narrativa de Lemebel el espacio inmunitario entre la loca sana y la loca enferma es cada vez más estrecho.

Los afectos empiezan a tejer una relación de identificación, “Un poco preocupadas miran el reloj, pensando que la lista corre rápido. ‘Hoy por ti, mañana por mí’, es el responso. Nadie sabe quién tiene pasaje de ida en el Boeing ZAZ, vuelo siete cero positivo” (Lemebel, 1997, 109). El sida, como al inicio de este acápite se explicaba, llega como un mal importado y se transforma en una inminente plaga por la carga genocida, pero eso no impide que exista un pánico socapado por parte del grupo de apoyo.

El sida va a ocupar el lugar de las nuevas retóricas del cuerpo, para Lemebel. En este nuevo discurso se pueden ver incrustadas las prácticas sexuales, las distintas formas de identidad de género y sobre todo, la sociabilidad de lo bueno y lo malo desde el aspecto moral de la ideología de turno. Es así como, también, el cuerpo empieza el mapeo de la enfermedad. La calle será el punto central de contagio, el aire viciado o como lienzo de los cuerpos expuestos en síntomas. Y en donde la disputa entre lo privado y lo público era evidente: ¿quiénes reinaban las calles por las noches para cobrar por su desenfreno sexual? Las locas. Según Meruane, “El mercado del sexo exigía su espacio operativo, pero su comercio venía por supuesto a contrariar los mandatos de la iglesia y de sus conservadores fieles. El libre mercado presupone como requisito desvincularse e incluso contravenir los valores morales de la iglesia...” (Meruane, 2012, 173). De esta manera y de acuerdo a lo propuesto por Meruane, el sida y el sexo van a ir de la mano como turismo sexual, lo que refuerza la idea del mapa, de la migración y por ende de la colonización del sida.

Al borde del desbarrancadero de la muerte por el que no mucho después se habría de despeñar

Dentro de esta investigación se puede decir que, *El desbarrancadero* es una novela de la violencia. El sida es uno de los efectos más al contexto en el que nos ubica Fernando Vallejo. Aunque no es una novela de tiempos específicos, el narrador sugiere a una Colombia devastada por diversas plagas, entre ellas la guerrilla, el sicariato, el narcotráfico, etc. El desbarrancadero es una obra que parte de el desgarramiento del desahucio. Ahora encontramos retratos más verídicos de los personajes gays en los cuales el narrador–protagonista da por sentado que el lector conoce su orientación sexual y, por lo tanto, comparte con éste sus vivencias, sus contradicciones y sus deseos con absoluta naturalidad.” (Billard, 2006, 54), Henri Billard en su artículo “La desarticulación del prejuicio del personaje seropositivo en la narrativa de la generación McOndo”, del libro *En teoría hablamos de Literatura*, explica las motivaciones distintas de los personajes gays en la literatura latinoamericana. Para Billard, estos están motivados por el testimonio de la enfermedad. El narrador homodiegético resultará mucho más envuelto porque es la estampa de las carencias y de la deshumanización del diagnóstico.

El desahucio se palpa en la oralidad de su narración, en la desesperación por acabar con el sistema que está lleno por los Juan Pablo Segundos, la Iglesia, la Loca y gran Guevón. *El desbarrancadero* va a explorar una subjetividad quebrantada por todos los sucesos que se entremezclan y aparecen en una digresión constante:

Vallejo hace que la novela tal como un escritor conservador habría podido pensarla estalle en la oralidad a partir de la construcción de una voz dislocada que entona este ‘canto a mí mismo’ homosexual que, en la voz de su narrador, monótona, repetitiva y a la vez hipnótica se parece a una diatriba furibunda o a la cantilena circular y adormecedora de un obsesivo (Astutti, 2003, 6)

La forma en que Vallejo asiste a Darío durante los últimos días de la enfermedad inenunciable recapitula de manera aleatoria toda su vida en la casa de Los Rendón. Resultando el suceso más impactante para él, la muerte de Papi, debido a un hepatoma en fase avanzada. A partir de ese instante, el narrador protagonista empieza un relato en paralelo; mientras Darío agoniza, recuerda otros eventos de una magnitud parecida.

El sida dentro de la novela adquiere el título de inenunciable porque no es una enfermedad de la que se hable comúnmente, es de maricones y Darío la ha contraído cuando él es la representación del vicio “si el enfermo de sida hubiera sido yo y el sano él, juro por Dios que me oye que él me habría dado una patada en el culo y

tirado a la calle. Así era mi hermano Darío: irresponsable a carta cabal” (Vallejo, 2002, 38). En esta cita se puede observar cómo la enfermedad ha tomado a Darío por sorpresa, pero que, no es producto simplemente del sexo descontrolado, sino de la irresponsabilidad. En el caso de Vallejo narrador, el uso de la primera persona es fundamental porque es el único consciente en el ambiente enfermo, por el sida y por Colombia.

Uno de los puntos fundamentales de la obra de Vallejo es el *leitmotiv* que utiliza a lo largo de la novela: la sulfaguanidina. Esta sustancia no es más que un antidiarreico para ganado. “Mi profunda convicción de que la sulfaguanidina servía para la criptosporidiosis del sida y mi éxito fulminante de escepticismo. La caterva de charlatanes doctorados se negaba a aceptar que viniera a desbancarlos un sabio sin diploma: yo” (Vallejo, 2002 26). La sulfaguanidina va a representar el desahucio porque Darío en estado de agonía, no retiene alimento, es la etapa final de la enfermedad. . Es decir que, el “automedicarse” es la reacción frente al dominio del cuerpo que siempre lo tuvo la medicina, en ese sentido, la sulfaguanidina es el recurso más bajo, ya que lo “proto”, lo experimental es tener conciencia del cuerpo pero con la precariedad del sistema. El Vallejo narrador muestra toda su intolerancia por el discurso médico dominante, ya que esta es una herramienta que utiliza para deshumanizar al cuerpo a partir del diagnóstico. En ese sentido, Vallejo utiliza la agonía de Darío para fundamentar la esperanza dentro de un contexto tan aborrecido. Esto quiere decir que el desahucio es igual a violencia y el sistema mismo es culpable que un ciudadano común y corriente deba recetar a su hermano para frenar los efectos del sida. “Vallejo es un escritor de una violencia agónica. En su prosa la frase o el argumento, siempre al borde de llegar al colmo, se desvía y persiste.” (Astutti, 2003, 6).

En la cita de Astutti se puede observar cómo Vallejo construye una realidad recrudescida en un afán hiperbólico. Desde la construcción del narrador protagonista, la sensibilidad de una Colombia abstraída en la visión del escritor en México. Esa categoría de extranjero le dará licencia para respaldar su discurso de recalcitrante odio. Sin embargo la violencia de la que habla Astutti en su artículo, es el acto de aborrecer constantemente a partir de su relato. Aborrecer sería la inflamación del odio a ciertos aspectos de una nación que nos parece ajena aunque sea muy cercana. El relato de Vallejo es producto del sistema que es insalubre en todos los aspectos,

“Las epidemias de las enfermedades particularmente pavorosas siempre provocan vocingleros reclamos contra la indulgencia y la tolerancia, hoy identificadas con la laxitud, la debilidad, el desorden, la corrupción: la insalubridad” (Sontag, 2003, 80), para Sontag, el reclamo por las epidemias involucra a un sistema per se. Aunque en la cita escogida no hable del contexto social, las enfermedades tienen un impacto humano colectivo, por lo que el efecto es el reclamo en cuanto a las medidas tomadas para prevenirla. En el caso de Vallejo el acto de aborrecer a partir del relato, se convierte en una denuncia, pero jamás hay una víctima; el sida es un efecto del propio Darío en su descontrol.

Otro de los signos del desahucio presente en Vallejo es el uso de la digresión. Como elemento literario en Vallejo, la digresión funciona para que sea coherente el caso de la enfermedad con el relato del caos. En ese sentido, la propuesta de Vallejo apunta a hacer un mapa de la crisis sanitaria moral, política y social. “Para volver comercialmente visible a este autor intratable, para justificar los desmanes de sus protestas en un universo temático viable, hicieron falta, parece, no sólo la seriedad de la violencia colombiana y el sida, también la eutanasia” (Astutti, 2003, 11). Vallejo coloca la escabrosidad de la enfermedad como un tópico inverso: la enfermedad, vista románticamente, es una fuerza sobre la cual el cuerpo no puede luchar (como es el caso de Vidal, personaje principal de *Melodrama* de Jorge Franco), pero la aceptación de la enfermedad y vivir “enfermo” se convierte en un negocio triste. “- Vivir es negocio triste-pensó mientras orinaba-. Los momentos de felicidad no compensan la desgracia.” (Vallejo, 2002, 118).

Vallejo hace un tratado de la enfermedad utilizando los distintos espacios enfermantes: los médicos, Colombia, la casa de los Rendón. Dentro de esta la Loca (dícese de la madre del narrador) y el Gran Guevón (dícese de su hermano), serán actantes que marquen este árbol genealógico maldito. La familia vista como una estirpe destinada al fracaso es una figura garciamarquiana (grandes estirpes que caen por su existencia desmesurada) que no ha expirado, sin embargo, Vallejo le da el giro del ser el que observa desde heterodiegeticamente las dinámicas familiares. Él no es parte de la familia porque lo único que ha hecho ésta es quitarle a papi y dejarlo morir indiscriminadamente, “Era mi cuñada Nora que me llamaba desde el país de los sueños para avisarme que papi, mi papá, mi padre, el único que tenía y que podía tener (porque una madre vale un carajo) se había puesto mal y que los médicos

temían lo peor. Que viera yo si regresaba o no regresaba.” (Vallejo, 2002, 82). La literatura de Vallejo deja la marca de la muerte porque su mapa parte de los síntomas de la agonía: la familia.

Vallejo, además de utilizar la familia como primer síntoma de muerte, es el reflejo de la sociedad, como una pequeña patria que no cumple su función social, ser la célula y portadora de los valores morales y cívicos. “La casa de la infancia es una metáfora de esta nación que no ha heredado sino muertos, dividida en dos con tajo de machete a partir del Frente Nacional en 1958, regida por esa constitución conservadora hasta 1991. El narrador la describe en la novela como ‘un infierno. Una Colombia en chiquito’.” (Aristizábal, 2012, s.p). Juanita Cristina Aristizábal en su artículo “Teología literaria en *El desbarrancadero* de Fernando Vallejo” explica la noción de patria a partir de las relaciones interfamiliares. Para Vallejo es necesario establecer una comparación directa entre la familia Rendón y la Colombia infernal de sus desdichas. En la cita de la teórica se puede apreciar la maldición del árbol genealógico a partir de la herencia de los muertos, que en teoría deberían ser el paso a una nueva generación con más vida, pero no es así. Tanto la familia como Colombia equivalen a bandos y conflictos.

La casa de los Rendón y la madre serán el primer espacio de enfermedad. El desahucio empieza en la casa familiar ya que no hay unión ni preocupación por el otro. Vallejo destruye el lugar común de la familia como cuna de amor y tolerancia, y, lo reduce a un escarnio social. La familia es tan enfermedad, tan sida como Darío. Es por eso que, no hay espacio seguro ni a salvo. La romantización del significante “familia” es una forma de añorar las carencias en la narrativa de Vallejo, “-Bajá y decile a tu papá que me ponga la lavadora, que él sabe- me mandaba a mí, que pasaba.” (Vallejo, 2002, 80).

Ahora, dentro de este significado de la familia que es tan retorcido e impropio para las apariencias, Vallejo, agrega el odio a las instituciones como respaldo a que nada existe. El nihilismo en Vallejo reproduce el sentimiento de abandono, en el sistema que todo ha asesinado, no hay cuerpo vivo luego de la impunidad que tanto las enfermedades, la política, la medicina, etc. ha dejado a su paso. La fe y confianza en el ser humano es una mentira porque este es producto de la patria sistemática que lo da a luz, “En todo niño hay en potencia un hombre, un ser malvado. El hombre nace y la sociedad lo empeora.” (Vallejo, 2002, 94). Nihilismo y añoranza se vuelven

a fundir, sin embargo, la figura del niño es la de un sujeto perdido y con aspiraciones que los contextos les dice que son necesarios para ser un sujeto de derecho porque “por amor a la naturaleza, por equilibrio ecológico, para salvar a los vastos mares hay que acabar con esta plaga.” (Vallejo, 2002, 94). Plaga que es el Vallejo narrador, Darío y toda la casta de los Rendón. Plaga que se extiende aún más con las instituciones privadas y públicas.

Para Vallejo la enfermedad de papi como la de Darío sólo conducen al desbarrancadero de la muerte. La muerte es configurada como un personaje principal dentro de la obra. Se ríe, se sienta a tomar café y acude de visita cada vez que puede. Luego de la muerte de papi, La Muerte, está riendo en el sillón, “Envolviendo con su manto las altas paredes de la biblioteca, la Muerte se reía desde el techo. Eliminé el techo, las paredes, eliminé el suelo y quedé suspendido en la nada infinita y oscura mirando las estrellitas de Dios.” (Vallejo, 2002, 126). El desbarrancadero es Colombia, es la sociedad ensimismada de su propia injusticia. En lo personal, la lectura que hago del mapa del desahucio, es la forma de construcción del discurso utilizando al sida como pretexto. “Él te contagio el sida de esta vida.” (Vallejo, 2002, 126).

En conclusión, Vallejo dibuja el mapa del desahucio a partir del discurso sin esperanza, un relato en digresión constante en el que se puede evidenciar la ruptura del hombre con su contexto, su vida y los afectos de los que carece, pero que gracias a su hermano Darío pretenden reflorece. A diferencia de Lemebel, Vallejo no contextualiza ni pretende explicar el sida como una enfermedad en un tiempo y espacio específico, sino más bien, como un suceso atemporal, que no tiene relevancia porque todo está enfermo al fin y al cabo.

Capítulo III

Diagnóstico sin estigmas: la escritura del virus

En el siguiente capítulo se analizará el diagnóstico sin estigmas, que se lee cómo la enfermedad y su narración son una historia no oficial, una escritura transgresora que pretexta su existencia a partir de un brote sintomático. Pedro Lemebel si bien no hace un manifiesto a la enfermedad, parte de una visión mucho más alegórica y, definitivamente, organizada en función a un aparato capitalista, que es el modelo gay. En el caso de Vallejo, tenemos un espacio enfermante, defectuoso. Colombia es enfermedad y por ende, el Vallejo narrador deberá transmitir ese síntoma. Para empezar a desarrollar la noción de espacio inmune, Gabriel Giorgi en su artículo “Después de la salud: la escritura del virus” explica que es un común ver que la enfermedad es tratada como la violencia al espacio inmunitario:

Los lugares comunes de la enfermedad, del virus o la bacteria, patógenos como invasión, amenaza, contagio o contaminación no hacen más que replicar el imaginario inmunitario que tenemos sobre la salud, un imaginario que se funda sobre la posibilidad de una distinción nítida, reconocible, originaria (y, por lo tanto, restituible) entre el “propio cuerpo” identificado con una salud primigenia, y esas criaturas visitantes, parásitas, extranjeras, esos huéspedes que ocupan un espacio al que no pertenecen y al que amenazan. (Giorgi, 2009, 13-14)

Otro de los cuestionamientos de Giorgi es la posibilidad de una narración no-inmunitaria de la enfermedad, pero al mismo tiempo la apropiación de esta a lo largo del relato. En el caso de los autores que se analizan a continuación, los espacios inmunitarios creados son sus propios cuerpos y la única forma de abandonarlos es a partir de la escritura. Aunque es explícitamente literaria la postura de Giorgi, Lemebel trata de demarcar un panorama sidado, si el cuerpo deviene contagioso, todo aquello que esté a su alrededor deberá estar, por ende, conviviendo en la infección. Lo que Giorgi llamaría estado originario, el cuerpo vuelve a ser primigenio y reafirma esa identidad que socialmente se quiere borrar (Giorgi, 2009).

En *El desbarrancadero* se coloca a la enfermedad y la violencia en el mismo nivel de significación. Para Yuliana Vilorio, la novela es un producto cultural que va a responder a su contexto, “De ese modo, en *El desbarrancadero* no se agrade a las instituciones colombianas como tal, más bien se mimetizan mediante situaciones que ilustran la realidad que, desde la óptica del autor, constituyen las misma en la

actualidad.” (Viloria, 2010, 6). A partir de esta cita se puede observar cómo, para Vallejo es necesario construir la nación moridero y rabiarse en función de lo que ésta produce. Los colombianos, las enfermedades y todo lo malo se producen en ella.

En Lemebel se aprecia la escritura desde un lugar de enunciación más celebratorio, el *guetto gay*. Este visto como el lugar de la irrupción social, de la transgresión sexual y sobre todo, de la posibilidad de lo diverso en lo heteronormativo:

Nacida de la rebeldía, la identidad gay de mediados de siglo XX pretende dar sentido y unidad a las prácticas homosexuales que reivindican su condición a través del orgullo gay, en el que las prácticas sexuales entre varones asumen una posición contestataria frente al discurso y la cotidianidad heterosexual. Como resultado de luchas organizadas, de consciencia, posicionamiento político y experiencias individuales se incrusta en un ambiente de discusión –multicultural y plural– sobre el reconocimiento de las minorías. (Balbuena, Ovalle y Villegas, 2013, 54)

Aunque en Lemebel el concepto de “orgullo gay” no aparece ni mucho menos piensa que es motivo identitario, sí aparece la pluralidad. La loca se convertirá en la portadora y víctima del sida. El sida es narrado desde la marca de nacimiento. Las formas plurales del cuerpo de las locas remitirán a la marginalidad poética con la que se narra el recorrido por las calles seropositivas del Chile de Pinochet.

De esta manera, las perspectivas de ambos autores narrarán a la nación moridero como un espacio de violencia, en Vallejo; desde Lemebel, un espacio diverso en donde el sexo, los fluidos y la negación a la normatividad campean como la delincuencia o cualquier otro mal social. Sin embargo, la escritura es constantemente infectada por los narradores que le dan un valor distinto al contagio.

¿Qué le pasa a Darío que está tan flaco?: Fernando Vallejo y la escritura terminal

“¡Qué sida voy a tener! –decía el cabrón tras de fumarse el vareto–. Lo que tengo es sed.” (Vallejo, 2002, 45). En *El desbarrancadero*, Darío está agonizante, delgado y color cobrizo muerte. Cabe recalcar que, el cuerpo de este enfermo de sida pasa por la pinza del diagnóstico. El diagnóstico es escrito, son palabras frías que, por ende, se impregnan sintomáticamente en el cuerpo desahuciado. En el caso de la

cita con la que se abrió este acápite, el narrador recoge el estado nihilista de Darío que en el primer capítulo se había definido como el vicio total e irresoluble. Cabe recalcar que según D'Emilio, el modelo médico juzga el "comportamiento" homosexual a partir de la insurgencia del capitalismo. Es decir, todas aquellas libertades laborales y económicas van a pasar a manos de un discurso dominante para regularlas:

Los médicos desarrollaron teorías sobre la homosexualidad, describiéndola como una condición, algo inherente a la persona, que era parte de su "naturaleza". Estas teorías no representaban descubrimientos científicos, explicaciones de áreas del conocimiento previamente ocultas: en vez de eso, eran respuestas ideológicas a las nuevas formas de organizar la vida personal propia. La popularización del modelo médico, a su vez, afectó la consciencia de las mujeres y hombres que experimentaban el deseo homosexual, de manera que llegaron a definirse a sí mismos a través de su vida erótica. (1993)

En ese sentido, Darío vive bajo las libertades propias de lo que él considera su vida erótica. Con la insurgencia del capitalismo, Darío adquiere la enfermedad. El consumo sexual, como es propio del modelo gay, es lo que provoca que éste enferme de sida y en el presente de la narración esté agonizando. El "vicio" como lo denomina Vallejo, es consecuencia del consumo excesivo, lo que inclusive, en la perspectiva del discurso literario sigue bajo una mirada patologizante y dominante de la enfermedad.

El diagnóstico de Darío es al inicio sífilis hasta que llega el expediente y se confirma el sida. El sida es, de esta forma, un estado de negación que no impide que Darío siga habitando su cuerpo-vice. "La vida es un sida. Si no miren a esos viejos: débiles, enclenques, inmunosuprimidos, con manchas por todo el cuerpo y pelos en las orejas que les crecen y les crecen mientras se les encoge el pipí." (Vallejo, 2002, 46). No hay más allá del SIDA, la vida es inmanente al sida porque se ha convertido en ella desde el instante en que el ser nace. La forma en que la narración va enfermándose demuestra que tanto Fernando (personaje) y Darío están aliándose; en el caso del primero, su regreso a la patria-moridero (Colombia) y este último, en su exilio patológico. Se convierten en iguales, Fernando, el enfermo emigrante que regresa por Darío; este enfermo por ser vicio.

Lina Meruane en *Viajes virales* (Fondo de Cultura Económica, 2012) explica el retorno a las naciones-moridero, en donde su principal idea es marcar que los

espacios públicos suprimen los cuerpos luego del diagnóstico seropositivo. Todo aquello que era un ser facultativo al uso de los espacios públicos, de una vez sidados, deben estar condenados al espacio privado. Analogía con lo femenino porque es un cuerpo suprimido y confinado a habitar con su sintomatología (Sontag utiliza esta metaforización al hablar del cáncer de una vez que se le detecta). Las naciones morideros estarán ubicados en dos niveles de significación: el primero, es coherente con la patologización y viralización de los cuerpos con el sida; el segundo, va de la mano con las naciones asumen ese rol enfermo, ya sea por la violencia o la crisis que la aqueje.

En *El desbarrancadero* es evidente el desarrollo de ambas nociones de nación-moridero. El Darío enfermo ronda primero en Estados Unidos trabajando como conserje, vivía con su hermano que era escritor. El escritor se va a México y luego de que se entera que Darío ha enfermado, regresa a Colombia. Colombia es el gran desgarrador de la voz narrativa porque en ella el odio es el acto más puro de amor, "... estaba poseída por la maldad de un demonio que sólo existe en Colombia puesto que sólo en Colombia hemos sido capaces de nombrarlo: la hijueputez." (Vallejo, 2002, 60). Es así como Colombia es un espacio de deshaucio, en donde la vida se vuelve más pequeña y más si viene diagnosticada de SIDA. La nación moridero, en este caso Colombia, es el epítome de la enfermedad; Colombia está enferma y corroída por la violencia tanto en la casa familiar como en el contexto nacional. Sin embargo, en la literatura de Vallejo, lo que se evidencia a la par es la significación del retorno a las naciones moridero ya que este hace referencia a ese viaje de autoconocimiento a partir de la enfermedad. O pretextando la enfermedad como punto de autoconocimiento. Es por eso que, la voz narrativa se desgarrar y el soliloquio es representación de la enfermedad misma.

La nación-moridero no es más que el resultado de todas las plagas acaecidas en la nación. Funciona como un producto de los procesos fallidos de civilización, que menciona el propio Vallejo cuando dice que el hombre es un animal de peligro. En ese sentido, la nación es un concepto romántico, que es entendido por Vallejo como un espacio de libertades sin represiones. La nación, por ende, muere cuando los cuerpos se ven suprimidos a imagen y semejanza de códigos que los reprimen.

El Vallejo narrador escribe desde Colombia, "Perdón por la palabra pero el castizo 'hideputa' de Don Quijote vuelto 'hijueputa' y su verbo es lo máximo de que

dispone Colombia para insultar, para odiar. Colombia, país pobre rico en odio.” (Vallejo, 2002, 42). Con esta cita se revela el espacio violento, lleno de odio y opresor. Es evidente que, el narrador asume una postura política al hablar de Colombia. Es de por sí un moridero porque está llena de odio. Clínicamente hablando, Colombia es un moridero porque Darío tuvo que parar su diarrea con sulfaguanidina porque los sidólogos sólo sirven para quitar la plata con remedios caros.

Colombia es un espacio construido para el análisis intrínseco del personaje. El espacio se presta para que no se lea en clave de injusticia social o de la persecución patológica, sino de la articulación del espacio enfermante, que debilita al enfermo por sus carencias y sus defectos:

El horizonte histórico que se piensa en la novela es menos el de los dilemas de la política, el de la zaga de lo político como transformación de un orden social, como reinención de lo social y como dignificación universal de la “vida humana”, que el de los ejercicios a la vez biopolíticos y éticos en torno a los usos de los cuerpos y a los modos en los que esos usos de los cuerpos producen a su vez modos de sujeción, de obediencia y explotación, y modos de la subjetividad en tanto “posibilidad de ser”, en tanto singularidad. (Giorgi, 2009, 27).

El espacio enfermante se ve presente a lo largo de la narración bastarda de Vallejo, “Yo no soy hijo de nadie. No reconozco la paternidad ni maternidad de ninguno.” (Vallejo, 2002, 42). Recordando un poco, el relato tiene como locus de enunciación a una voz sin patria, sin madre (La Loca Rendón) y sin padre; en ese sentido, el SIDA es producto del espacio enfermo y enfermante. De Colombia las expectativas responderán a lo que el narrador espera de ella, es por eso que, Darío es producto de la patria que amadrina y abandona:

Ahí, instalados en esa atalaya desde donde dominábamos a Colombia y sus miserias, hablábamos por horas y horas de nuestra patria, de nuestra patria exangüe que se nos estaba yendo entre derramamientos de sangre y de petróleo saqueada por los funcionarios, sobornada por el narcotráfico, dinamitada por la guerrilla, y como si lo anterior fuera poco, asolada por una plaga de poetas que se nos vinieron encima por millones, por trillones, como al Egipto bíblico la plaga de la langosta. (Vallejo, 2002, 70).

Colombia dinamitada, sobornada y saqueada; esta descripción es un síntoma, que explica cómo una la nación moridero no puede ser cobijo sino, más bien, va a producir los mismos cuerpos con mal formaciones. Darío marihuanero, maricón y sidoso; representa y delimita a la Colombia del presente de la narración. Darío es

igual a Colombia en relación analógica de enfermedad. Colombia es un espacio discapacitante y que enferma al enfermo; que lo desahucia y abandona ante la posibilidad de ser distinto.

“Dado que la nación no puede ofrecer soluciones definitivas ni paliar los síntomas, dado que repite en los sidarios viejas maneras de exclusión medicalizada y que deviene anuncio de muerte, se hace necesaria una huida fuera del lugar de reclusión, una salida que no será internacional.” (Meruane, 2012, 222). Lo que expresa Meruane en esta cita es que la nación no representa el sistema de salud. Al hablar de salud, esta se convierte en un nuevo estándar de decencia. El cuerpo sano, es ante todo, motivo de equilibrio y nada que deberle a lo socialmente establecido. Para Sontag, la carga punitiva de la enfermedad devolverá el paradigma que la responsabilidad es del cuerpo sano el aceptar el fluido (como diría Meruane), “Ostensiblemente el culpable es la enfermedad. Pero también el paciente resulta serlo. Las teorías psicológicas más aceptadas atribuyen al pobre enfermo la doble responsabilidad de haber caído enfermo y de curarse.” (Sontag, 2003, 29).

Tanto como lo expresado por Meruane y Sontag es que confirman que lo que hace Vallejo es miméticamente reproducir una Colombia desde su percepción. Cabe recalcar que el contexto ficcional responde a las olas migratorias particularmente dadas en América Latina desde los años 80. En ese sentido, Vallejo va a enmarcar una Colombia conflictiva y a un narrador compulsivo por negarse a la Patria. Finalmente, Colombia es representada y escrita como una nación en donde la muerte está en la sala de migración.

El cuerpo produce fluidos, Vallejo narrador fluctúa entre México y Colombia, la narración es fluida e imprudente. El cuerpo se desborda por el síntoma. La enfermedad es un caudal de síntomas, la palabra es un síntoma de la subjetividad, que se permite la exposición y la desmesura del pensamiento. De esta manera, la narración (escritura) enferma será producto del fluido, tanto corporal como de la palabra. A la vez una necesidad por la expresión de la enfermedad, es así como la palabra es el único medio y espacio inmunitario que puede explicar la enfermedad.

La palabra, entonces, se convierte en el síntoma imprudente, “El proceso metafórico promueve un franqueamiento de la barra que separa al significante del significado, una sustitución donde un significante se presenta en el lugar del vacío de sentido, hace surgir al sujeto pero como sentido nuevo; aporta algo nuevo en cuanto a

la verdad del sujeto, produce un “paso de sentido”. (Lacan, 1999, 103-4); *El desbarrancadero*, estructuralmente, es un fluido de palabras; no hay capítulos ni secciones evidentes, es una gran digresión en donde el narrador despótica y espeta al sistema, al sida, a la vida en general. Sin embargo, en palabras de Michael Foucault en *El nacimiento de la clínica* explica que la experiencia médica frente al cuerpo enfermo depende de la configuración de la patología y el espacio de localización del mal en el cuerpo. Es decir que la enfermedad es discursiva, y el síntoma será producto de lo subjetivo, de la evidencia de ese discurso patológico. (Foucault, 2003).

La intención de Vallejo es el regreso a esta nación moridero como narrador errante de una crónica territorialmente enferma (Colombia, La Loca, el Gran Guevón) y corporalmente viciada (Darío, homosexual e infectado de SIDA). El propósito de enfermar la escritura pareciera que, en un principio, no busca alejarla del naturalismo del cuerpo (porque papi con cirrosis, para el Vallejo narrador, también fue motivo de su regreso), pero es poder relatar la enfermedad desde la enfermedad, que no es más que un principio de verosimilitud. El Vallejo narrador mezcla ambas enfermedades, cáncer y sida, de esta forma, el panorama del cuerpo desmejorado y la pulsión de la narración enferma se comprueba como situaciones adversas en que el narrador es obligado a regresar a lo que por inmanencia ya era un moridero nación o nación moridero.

La identidad del cáncer, a diferencia del SIDA, es netamente femenina. A continuación se podrá observar cómo Vallejo construye una idea de obscenidad del cuerpo. Al mismo tiempo, juega con la palabra, con la narración del dar gracias al Espíritu Santo como aviso de esa religiosidad que impera en el templo corporal. Sontag explica lo que ocurre con los pacientes de cáncer, “A los pacientes de cáncer se les miente no simplemente porque la enfermedad es (o se piensa que sea) una condena a muerte, sino porque se la considera obscena —en el sentido original de la palabra, es decir: de mal augurio, abominable, repugnante para los sentidos—.” (Sontag, 2003, 4). El cáncer es fisiológico, corporal e intemperante, por lo que el enfermo debe confinarse a morir de dolor; como lo haría una mujer en sus funciones biológicas más básicas como la menstruación.

-Recen porque sea cirrosis y no hepatoma.

Pero mi optimismo tambaleante decidió ipso facto que era cirrosis, que iba a vivir diez años y que yo me iba a morir antes que él, y con concisión telegráfica redacté el

anuncio para El Colombiano: ‘Gracias Espíritu Santo porque fue cirrosis y no cáncer del hígado’. Y firmado familia tal. Y volví a entrar al cuarto invadido de una felicidad rara. (Vallejo, 2002, 84).

El síntoma en este fragmento es un recurso variopinto; la felicidad y la evasión de la realidad. En la perspectiva lacaniana, el síntoma está en el campo del juego de la palabra, en la construcción de sentido desde el vacío. El narrador propone una visión recalcitrantemente enferma de la enfermedad. La felicidad de que el diagnóstico sea cirrosis y no hepatoma demuestra la necesidad de que el cuerpo sea anulado sintomáticamente. Pero el síntoma es la palabra misma que en la rareza del agradecimiento al Espíritu Santo encuentra cabida (la ferviente religiosidad es otro síntoma). La construcción de sentido a través del vacío es esta probabilidad de estar menos enfermo; en la imaginería cultural, resignado. Pero más que nada, desde el punto de vista foucaultiano, la respuesta es subjetiva; el cuerpo es se resignifica a través de él.

En el caso del sida, Vallejo la percibe como una enfermedad cotidiana, generalizada que aqueja a los cuerpos en el mismo instante del envejecimiento; en sí, la muerte es naturalizada por el narrador, por lo que se convierte en un proceso de la vida inevitable. El sida es, a pesar de sus efectos devastadores en cuerpo, una muerte digna. La representación cultural del sida en *El desbarrancadero* se ve en el entorno asfixiante que describe el narrador (con más repudio que Vega de *El asco* de Horacio Castellanos Moya, un relato escrito desde la visceralidad y el odio por la patria, por el sistema y la destrucción total del concepto idealizado de la nación-cuna), no hay un ambiente gay explícito, sino que es visto como un vicio. Vallejo propone la homosexualidad en el espacio público como un agente patógeno, al igual que el sida, son inmanentes:

Él reubica su discusión en una posición central y política en vez de colocarlo en una marginal y trivial e insiste en que los textos culturales ayudan a la no desaparición del virus en una esfera puramente privada y lo mantiene en la esfera pública. De este modo el hombre gay participa como sujeto no heteronormativo en la esfera pública y esto en sí constituye una praxis política. (Rutter-Jensen, 2008, 475).

Es así como el narrador no es sólo en un mero observador, es la encarnación de la enfermedad porque toda esperanza de vida no está en Colombia, más sin papi y sin Darío. Vallejo construye un mundo violento ampliamente masculino, es por eso

que la enfermedad escritural es práctica política, o mejor dicho, una forma política de sobrevivir al entorno, según Rutter-Jensen.

En *El desbarrancadero* de Fernando Vallejo tanto el sida como el cáncer son producto de un proceso metafórico que involucra todos los elementos de la comunidad nacional. Es así como, estar (ser) enfermo implica el contagio en la violencia. La violencia del contagio es la producción de la narración. Si en el neoclasicismo involucraba el regreso de la musa; para Vallejo, las enfermedades y la ineficiencia intrafamiliar harán que el ámbito ficcional sea un producto enfermo más.

Spot: Póntelo-pónselo. Ponte-ponte-pónselo: Lemebel, crónica de un sida germinado

El modelo gay, propuesto por Óscar Guasch en *La sociedad rosa*, es el paradigma al que se va a acoger Lemebel en *Loco afán. Crónicas de sidario* como anécdota en todas las crónicas que lo componen. Para Guasch, la Rebelión de Stonewall el 25 de junio de 1969 dará inicio al modelo o cultura gay tal y como se la conoce. Sin embargo, se empieza a hablar de derechos sociales a partir del Mattachine Society y el Gay Liberation Front que pretenden instaurar la homosexualidad como forma diversa a la heterosexualidad y no opuesta (Guasch, 1995).

Lemebel empieza la narración del sida en los patios de la UNCTAD. La sala de espera del año 1973, cuando empieza oficialmente la dictadura de Augusto Pinochet, es el signo de advenimiento del virus. Es el último año en que las locas pitucas y las marginales se ven y así, esta historia no oficial que se enuncia en el guetto gay transforma la visión de la enfermedad. Es la transformación de un diagnóstico grave a una escritura que le da una nueva vida. El SIDA es un nuevo estándar de la moda gay; siendo un estigma que produce satisfacción porque aún a un modo diverso de vida, ya no las separa por las diferencias establecidas punitivamente.

La loca es producto del devenir mujer, aplicando el concepto deleuze-guattariano. Lemebel, coloca como protagonistas a estos cuerpos inicialmente no normativos y luego suprimidos por habitar en otra construcción de género que no les pertenece, simular ser mujeres. Pero en esta simulación, cabe la exageración y Lemebel agrega la coloquialidad y marginalidad a estos personajes. Para Judith

Butler, el travestismo es un juego teatralizador del género, “El travestismo constituye la forma mundana en que los géneros son apropiados, teatralizados, usados y realizados; esto implica que todo género es un tipo de personificación y aproximación.” (Butler, 2000, 6). Como Butler apunta, el adjetivo “mundano” define a lo arbitrario, a un juego de representación en doble vía. Es un hombre tratando de imitar a una mujer, por lo que a simple vista no guarda semejanza con la construcción impuesta de la feminidad, y, al mismo tiempo es indicar que el género puede ser sostenido como un acto performático y flexible. A partir de esta visión conceptual, ya se está frente a dos juegos en la noción escritural de Pedro Lemebel: hombres que ansían ser mujeres, que habitan el espacio público y que enferman en abuso de su poder sexual.

Lemebel quiere historizar lo no oficial. La historia oficial suprime las enfermedades y las borra porque el cuerpo que las posee no aporta a la sucesión de hechos verosímiles para el relato histórico. Lemebel imita a la tradición oral, en un sentido más burdo, al chismorreo en el guetto gay sobre el sida. “Desde ahí, los años se despeñaron como derrumbe de troncos que sepultaron la fiesta nacional. Vino el golpe y la nevazón de balas provocó la estampida de las locas que nunca más volvieron a bailar por los patios floridos de la UNCTAD.” (Lemebel, 1997,22). En esta cita que pertenece a la crónica “La noche de los visones”, el autor evoca el inicio del final. Es un relato que explica el *génesis y apocalipsis cola* porque las locas que buscan el exilio, importan la enfermedad con su regreso a Chile.

En esta crónica, la visión del sida es un relato de la historia en paralelo; la voz oficial no participa del relato oral porque no es considerado válido en sus contradicciones, sino que tenemos a un Lemebel narrador, voz oficial de las locas que ha sobrevivido a la plaga. La afectación por estos acontecimientos violentos, van a llevar a que construyan una remembranza distinta a la de quienes no se sintieron golpeados por la experiencia. La experiencia de esta forma se convierte en colectiva-individual. Colectiva en el sentido de grupo/ghetto/familia, e individual en el del dolor privado y la subjetividad que se maneja en la vivencia.

La construcción de la memoria es política, se elige lo que quiere pasar a la posteridad. Se erige un imaginario a partir de la relevancia y de las emociones de los sucesos. Aparte, es el relato de la loca; el gay marginal, el homosexual profano que se romantiza por ser caricatura de mujer, ser sonora y carnavalesca. Lemebel no sólo

coloca a la escritura enferma para explicar a la enfermedad, a diferencia de Vallejo que habla de un ambiente enfermo por antonomasia; Lemebel critica, a su vez con la crónica antes mencionada, las barreras sociales que existieron al ser rotulados como homosexuales (clase alta) y loca (clase baja), pero que, el SIDA, de alguna u otra forma, va a unificar. El mercado gay va a resonar porque con la llegada del modelo, el SIDA insta su campaña de prevención.

En “Y ahora luces (Spot: pónitelo-pónitelo. Ponte-ponte-pónitelo)”, Lemebel explica el mercado gay que inicia de una vez que la plaga ha contaminado Chile. La enfermedad es producto de la recalcitrante vida sexual de los protagonistas, por lo que en el ahora del libro, lo que necesitan es reiterar esta identidad diagnosticada y medicalizada a partir de la venta. “El sida vende y se consume en la oferta solidaria de la chapita, el póster, el desfile de modas a beneficio, la adhesión de las estrellas, los números de la rifa y el súper concert de homenaje post mortem, donde el rockero se viste por un rato de niño bueno, luciendo la polerita estampada con el logo fatal.” (Lemebel, 1997, 97); en esta cita, el sida es un metalenguaje; la metáfora de la plaga se ha ido distendiendo. En “La noche de los visones” como la equidad sidada y en la ahora mencionada, como el cuidado del cuerpo.

Las naciones morideros son espacios de integración medicada que esperan dar una vida digna al enfermo de sida y por ende, representan lo institucional y preventivo, “Quizás este *supermarket* acentúa su perversa prevención cuando está dirigido a los homosexuales. Pareciera incentivar la enfermedad con pornografía visual, con sus folletos, cartillas y afiches que lucen fotografías de cuerpos sublimes que hipnotizan con su ‘musculada publicidad’.” (Lemebel, 1997, 98). Lemebel utiliza la narración para marcar las formas de injusticias con el cuerpo que ya carga con suficiente punición. Los homosexuales son suprimidos por la heteronormatividad que la ve como una elección antagónica y diversa. Con la cita anterior, se puede observar cómo Lemebel en un inicio plantea la plaga como un elemento patógeno homogeneizante en la vida homosexual, pero que el mercado homosexual procura higienizar a través de las campañas. El espacio de Vallejo que en primera instancia era enfermante, en Lemebel será pro-enfermedad. “Las metáforas patológicas siempre han servido para reforzar los cargos que se le hacen a la sociedad por su corrupción o injusticia.” (Sontag, 2003, 35). Las injusticias denunciadas por Lemebel convierten a esta serie de crónicas que recogen la enfermedad en un manifiesto es

decir que, la crítica se naturaliza en considerar innecesaria la campaña de prevención ya que eso solidifica la imagen del homosexual seropositivo; además de borrar a la loca marginal que muere porque la colecta barrial no alcanzó para los retrovirales, “Así como existe la garra comercial del mercado AIDS, también sobreviven pequeños esfuerzos, cadenas de solidaridad y colectas chaucha a chaucha que algunos grupos homosexuales organizan para detener el flagelo.” (Lemebel, 1997, 99).

En ese sentido, el sida cumple con la metáfora de plaga porque no es heterogénea, y con la de una vida en prevención, que homogeniza. Existe una procuración por la salud, por el espacio inmunitario del que habla Giorgi. “La imaginería patológica sirve para expresar una preocupación por el orden social, dando por sentado que todos sabemos en qué consiste el estado de salud. Estas metáforas no proyectan la idea actual de una dada enfermedad maestra, en la que lo que está en juego es la salud misma.” (Sontag, 2003, 35). El espacio inmunitario, a la vez, será metáfora del orden social, como explica Sontag, la aparición de una enfermedad es alerta de amenaza a la cotidianidad impoluta; los cuerpos construyen un muro ante la viralidad. De esta manera, la patología resonará como producto a atacar ipso facto. Por eso, Lemebel construye una imagen binaria con estas dos crónicas: la loca contagiada y los homosexuales prevenidos.

La metáfora sigue su camino y adquiere el tinte de vida. Un tanto paradójico este juego vida-muerte/muerte-vida, pero es signo de las características neobarrocas de Lemebel. Los juegos de significación parecerían ser los mismos porque se entabla una estrecha línea entre estar muerto en vida por el contagio y morir llena de vida. Esta metáfora se puede observar en “El último beso de Loba Lámar (Crespones de seda en mi funeral)” ya que Loba Lámar es acribillada por la enfermedad luego del invierno que atacó su sistema inmunológico. La Loba es cuidada por sus compañeras de departamento, atendían sus caprichos y se empiezan a contagiar psíquicamente de la enfermedad. Sin embargo, para hablar de la metáfora de la vida después de la muerte, el análisis sólo se concentrará en el ritual de muerte para dar vida al cadáver.

La romantización del cuerpo cobrizo por el SIDA se convierte en una respuesta política ante la enfermedad y el sistema inmunitario de prevención. El cuerpo de la Loba es introducido en el acicalamiento con la finalidad de contrarrestar los efectos de la enfermedad y la muerte inevitable. Es como si, el grupo de locas

jugara con la inexorabilidad y ellas tuvieran la última palabra con el cuerpo de la Loba:

Pero al cabo de una hora, mientras las locas bañaban el cadáver con leche y almidones de reina babilónica, mientras embetunaban el cuerpo con cera depilatoria hirviendo para dejarlo tan lampiño como teta de monja, al tiempo que una le hacía el manicure pegándole caracoles y conchitas moluscas como uñas postizas, otra le aserruchaba los juanetes y callos, descamándole el piñén calcáreo de las patas. (Lemebel, 1997, 65)

La ritualidad es el discurso del cuerpo. Las locas organizan (así como las que hacen las colectas para evitar el SIDA) entre ellas formas de darle cara a la muerte. De esta manera, no sólo la hacen menos triste sino que alegran las marcas del SIDA, que son los estigmas de esta nueva mártir. Es así como el SIDA es una identidad.

La literatura, como tal, empieza su trabajo de configurar un cerco epidemiológico en estos personajes. El relato de las locas no es sólo reflejo de la enfermedad, sino de la relevancia de su existencia en esta épica de lo cotidiano. Las locas configurarán una realidad cercana, de identificación y de un espacio y tiempo distintos a lo oficial.

El cuerpo ritualizado es sinónimo de identidad porque todas han caído, más no por el contagio biológico, sí por la homogeneización de las voces en torno a la enfermedad. Pero, ¿qué construye Lemebel alrededor del SIDA? Lemebel describe un espacio de enfermedad tanto por la importación del virus como el Régimen, con cuerpos proclives (desde la vulneración sexual) a ser foco de contagio y el estigma del diagnóstico. Por otro lado, también se fija en cómo esos cuerpos viven el síntoma del sida a partir del alejamiento del mercado sexual impuesto por el modelo gay.

Lemebel propone la empatía como generadora o restauradora del cuerpo. Esto quiere decir que, el sida ya no es SIDA (desde la visión diagnosticante y criminalizadora) sino que es una enfermedad que produce sensibilidades mezcladas alrededor del cuerpo, que es modificado por los síntomas. “Es evidente que la persona portadora del VIH o con sida convive permanentemente con la incertidumbre: la incertidumbre del diagnóstico, del pronóstico, de las reacciones de sus amistades, familiares, seres queridos y otras personas anónimas y temerosas o cargadas de odio.” (Weeks en Lamas, 1995, 200). Para Weeks, el cuerpo es el centro de la visualidad, por su descomposición en vida; Lemebel, convoca al cuerpo y construye una literatura mucho más interdependiente de una enfermedad.

No es un simple relato sobre una enfermedad, sino que Lemebel construye la enfermedad a partir de unos personajes específicos (locas), en tiempos específicos (Régimen). Lemebel contradice el modelo gay importado y también a la Dictadura de Pinochet. En “Crónicas de Nueva York (El Bar Stonewall)”, Lemebel marca las diferencias entre “el gay blanco” y la construcción del macho en América Latina, “Que más bien es uno solo, el blanco. Porque tal vez lo gay es blanco.” (Lemebel, 1997, 95). Lemebel tiene la intención de contradecir el hito-mito de la minoría homosexual con el escarnio latinoamericano. Los colas chilenos dentro de la literatura se enuncian desde la marginalización, como una cuestión de minorías que no representan los grandes relatos. En un intento de polifonía, Lemebel apunta a la militancia del cuerpo.

A diferencia de Vallejo, que trata de explicar que la cuna de las enfermedades es la nación-moridero de Meruane, Lemebel defiende territorialmente la enfermedad, todo producto de la globalización que es un efecto dominó.

Entonces, ¿cómo escribimos la enfermedad?

Sostengo que, no es lo mismo relatar sobre la enfermedad que narrar la enfermedad. El relato de la enfermedad es equivalente a su visibilización, mientras que la narración es el acto de ubicarla en un tiempo y espacio específicos. Las formas narrativas de Lemebel y Vallejo colocan al sida como un momento de la plaga que cambia el rumbo de los afectados: en el caso de Lemebel, la extinción de un grupo que no debió ver la luz en un régimen higienizador; por el lado de Vallejo, una nación plagada de los vicios y su hermano siendo producto de esta.

En las obras de Lemebel y Vallejo, la enfermedad no es la anécdota sino que son procesos encarnados en cuerpos que responden a sus contextos. La enfermedad, entonces, es una naturalización del espacio que “el equipo de la utilidad continúa ejerciendo su papel de escribir sobre el cuerpo el nuevo texto del saber social.” (De Certau, 2000, 156). La enfermedad tanto en Vallejo como en Lemebel responde a las expresiones de la misma, es una forma de integración y aceptación dentro del nuevo contexto social. Lo que afirma De Certau explica que la enfermedad se va a convertir en el nuevo devenir del grupo en el que se está analizando. En el caso de Vallejo, la casa de los Rendón va a representar la encarnación de todas las problemáticas (hasta de manera hiperbólica y desopilante) que atraviesan a Colombia, “La presencia de la Loca lo excluía. Para los que fuéramos su marido y sus hijos la Loca había levantado

en torno de mi casa una muralla de intimidad polvosa insalvable.” (Vallejo, 2002, 105). En la cita que acabo de incluir, Vallejo reduce la casa en la que habitan los Rendón como un manicomio gobernado por la madre, una figura de poder que se ha transformado en un ser insoportable, que no tiene empatía ni siquiera con su marido moribundo. Sin embargo, la enfermedad y sus consecuencias se ven reflejadas en todos los personajes. El sida, la locura, la falta de iniciativa y el odio son producto de un aspecto natural en Colombia. La incomodidad se genera dentro del territorio patrio, por eso es que el Vallejo narrador es producto de la Colombia enferma e imperfecta:

he aquí volviéndome del país del peculado al país de los sicarios suenan afuera unos tiros de ametralladora, y el alma que me habían descosido los zancudos con sus cuchillas de afeitar me la vuelven a coser a bala las ráfagas de la metralleta: tas-tas-tas-tas-tas-tas-tas-tas. Colombia asesina, malapatria, país hijo de puta engendro de España, ¿a quién estás matando ahora, loca? ¡Cómo hemos progresado en estos años! Antes nos bajábamos la cabeza a machete, hoy nos despachamos con mini-Uzis. (Vallejo, 2002, 114).

En este fragmento, la novela empieza el círculo de culpabilidad. Colombia es equivalente a la madre, es otra loca. Sin embargo, esta Colombia es como cualquier país en vías de desarrollo del cual el sistema embebe todas las aristas sociales, culturales y modos de vida. En general, Vallejo, sonaría a un resentido con la patria, una versión más cruenta de Moya en *El asco*, pero realmente el nivel de resentimiento es subjetivo y es asociado con el dolor del bastardo; Vallejo explora, al igual que Lemebel, en el legado: somos producto de un proyecto civilizatorio y seguimos un modelo. España es una madrastra que nos moldeó a imagen y semejanza con la finalidad de desnaturalizar la barbarie, pero la barbarie es la guerrilla, y por ende, Colombia; Colombia es enfermedad porque asesina sin piedad. El espacio, de esta manera, es una plaga que arrasa con los justos y pecadores.

Lemebel, por otro lado, representa la enfermedad en su escritura, existen actantes distantes a los de Vallejo, estos son las locas. Las locas se van a convertir en una representación del cuerpo distinto, fuera de la norma, y, que por ser el menos inmune, sería el ícono del contagio. Son cuerpos anulados que van a acapar diversas significaciones, pero dos íntimamente ligadas: ser transexual (loca) y pobre (trabajadora sexual) es sinónimo de ser un cuerpo expuesto a la catástrofe (la enfermedad):

De esta carne opaca y dispersa, de esta vida exorbitante y alterada, pasar en fin a la limpidez de una palabra, volverse un fragmento del lenguaje, un solo nombre, legible para los demás, citable: esta pasión habita al asceta armado de instrumentos que combaten su carne, o al filósofo que hace otro tanto con el lenguaje, "a cuerpo descubierto", como decía Hegel. (De Certau, 2000, 162).

La verbalización de la enfermedad es un performance para Lemebel, sin caer en el lugar común de "la loca sidosa", adquiere el nivel de responder a una maquinaria importada de América del Norte, a un modelo instaurado y, sobre todo, a un castigo por no entrar en la norma. De Certau expresa "volverse un fragmento del lenguaje", este lenguaje en Lemebel es una partícula de toda la historia que se está inscribiendo en Chile del año 73. El sida y las locas son un efecto colateral a lo oficial, son un rechazo que busca inserción así sea desde la creación de un espacio inmune "En un stand especial, a todo neón, el negocio SIDARTE de Benetton; donde no se sabe si el gringo previene asustando con el famoso póster de la Pietá cadavérica, o carnavaliza el uso del condón, que inflado en el obelisco de París, exagera la medida fantasiosa de su contenido." (Lemebel, 1997).

La historia no oficial es la de las locas combatiendo contra el SIDA y un sistema político apremiante. El relato se funde con la enfermedad porque es el discurso naturalizado del narrador. De esta manera, este propicia una narración de la enfermedad, resultando de esto una escritura enferma a servicio del contexto social. O a servicio de la oficialidad de la historia. "La literatura sentimental y, de manera más convincente, los historiales clínicos de los médicos escritores han afirmado que la enfermedad puede ser no sólo una épica de sufrimiento sino la oportunidad de lograr algún tipo de trascendencia propia." (Sontag, 2003, 61). Sontag explica a la enfermedad como producto de una interiorización del diagnóstico, la literatura sirve como una herramienta que recrea y le da un valor trascendente al contagio y al cuerpo invadido por células malignas. Pero, la enfermedad también ocupa el terreno del testimonio, como el caso de Lemebel y sus crónicas que son dedicadas a las hermanas caídas; Vallejo propone los afectos fraternales ligados al cuidado de su hermano, Darío.

El sida es equivalente a los afectos que superan los contextos culturales y los estigmas del diagnóstico. Tener sida es sinónimo de un cuerpo diverso y a su vez transgresor porque altera el espacio inmunológico. El aporte de ambas obras es observar cómo la higienización estandariza cuerpos dentro de la vida cotidiana, como diría Michel De Certau, los aparatos sociales son aquellos que estandarizan a la salud

como un estado, inclusive, de lo moral. Son personajes-enfermedad y que serán coherentes tanto con el virus como con lo que los espacios descritos configuran de ellos.

Capítulo IV

Un apéndice sidado

A lo largo de este trabajo de investigación pude llegar a la conclusión de que tanto Lemebel y Vallejo proponen un sida con distintos impactos sobre el cuerpo. El cuerpo funciona como un lienzo que se pinta a medida que lo vamos habitando a nuestra complacencia. Vallejo y Lemebel se enuncian desde la abyección, para Julia Kristeva (1988) en *Poderes de la perversión* la abyección es la confrontación con la matriz que pretende normalizar. Frente a lo bello nos abyectamos porque somos la fisura, lo que significaría una frontera difusa entre la representación y la realidad. La abyección vendría a convertirse en lo palpable, en ella habita todo lo que el ser humano de manera consciente no podría detener ya que existe un conjunto de censuras estructuralmente consensuadas. Es así como, ambos autores proponen un cuerpo enfermo que rondan en las calles y se escriben en una sociedad ampliamente institucionalizada por la representación del espacio inmunitario.

El sida aparece precisamente para contradecir a las instituciones, se presenta como una enfermedad irascible y del desvío sexual, o de la irresponsabilidad en el caso de la drogadicción. Este salvataje que el sida hace en el cuerpo es simplemente una reacción inmunológica, pero que, la reacción social es lo que más pesa para el cuerpo. La abyección en el caso del SIDA se evidencia en el cuerpo, que sirve como lienzo del síntoma; pero, a su vez, estos cuerpos son producto del linchamiento social que recibe a partir del diagnóstico. Precizando un poco esta afirmación, Sontag (2003), en su libro explica que la noción de pandemia es el terror social, la potencial calamidad y el estigma de la identidad.

Es por eso que, a lo largo de este trabajo investigativo, sobre todo en el tercer capítulo, se introdujo la escritura de la enfermedad como una categoría de identidad. El sida va a marcar a los sujetos en el espacio inmunitario, propuesto por Giorgi, para que funcionen como cuerpos diversos, que, no constan en la historia oficial, en el relato épico de las naciones. Es por eso que, el espacio enfermante va a recaer en la nación moridero. Un modelo que circunda en la putrefacción de lo social, cultural, económico.

Lemebel critica el modelo gay, reivindica al “gay sidoso” y propone la subversión de la “loca”. La loca va a ser el personaje principal de las crónicas de Lemebel porque son el retrato de una sociedad excluyente, recalcitrantemente violenta y que suprime estos cuerpos considerados abyectos por simular una realidad a la biológicamente asignada. El sida llegará como un discurso impregnado en un cuerpo que no sigue reglas y que no pretende seguirlas: la heteronormatividad. “Supremacía de lo patriarcal que hace de la ciudad un diseño en el cual se hace evidente una ideología particular con respecto a lo genérico-sexual que, en el caso de Santiago de Chile, obedece al propósito masculino y masculinizante.” (Guerra Cunningham, 2000, 4).

La escritura de Lemebel está en contra de la oficialidad del sistema, quiere resonar en el oído del modelo importado, que de alguna u otra forma, es colonizar los cuerpos que se consideraban libres. El sida se escribirá en las calles para hablar del contagio, de aquel efecto dominó que une y combate frente a la opresión neoliberal del régimen y de la noción de extranjería. Al ser un mal ajeno, importado, es una manera de matar el descubrimiento de muchas vidas que eran jóvenes aún al momento de experimentar. Jorge Lagos en su estudio “Postcolonialidad y decolonialidad en Loco Afán: Crónicas del sidario” explica que el SIDA llega con la finalidad de aislar y homogeneizar a los gays del tercer mundo con los del primer mundo. Es por eso que, “el enunciante toma conciencia, también, que ni en la homosexualidad ni en el travestismo ha habido identidad latinoamericana, porque América Latina ha sido travestida de traspasos, reconquistas y parches culturales.” (Lagos, 2011, 111).

Lo que explica Lagos en la cita anterior es que la identidad del gay inclusive debe padecer de lo que la identidad foránea ya ha construido. La personalidad del mundo gay vive en subalternidad de la extranjera, por lo que el SIDA se convertiría en el censor de la naturaleza latinoamericana, de la existencia de una realidad gay hecha desde sus contextos y dar cuenta de algo que los sigue marginalizando. Raquel (Lucas) Platero en su libro *Intersecciones: cuerpos y sexualidades en la encrucijada* comenta sobre las políticas del SIDA como pandemia “Como sabemos esta pandemia supuso un rebrote de las políticas homófobas, que enseguida identificaron la enfermedad con la homosexualidad, creando por medio de imágenes

en los medios de comunicación una identificación del cuerpo homosexual como cuerpo con SIDA.” (Platero, 2012, 203). Esto construye más segregación, la palabra SIDA se resignifica y se adhiere a la homosexualidad por ser considerada immanente a la práctica pecaminosa, fuera de la norma. Por eso, los heterosexuales se sentirán por fuera del contagio y seguirán perpetuando conductas homófobas.

En el caso de Vallejo, el contagio es aéreo, el sida es sólo un efecto más de una sociedad violenta. El discurso del cuerpo y la enfermedad conviven en el aire viciado, el sida es una herencia natural. Es por eso que, el discurso del autor, propone más bien, la naturalización de la enfermedad a partir de la enfermedad originaria: Colombia. De esta manera, el dolor y la añoranza es el discurso propio de la abyección, que también se ve cuando el narrador expresa que viene del país del peculado y la mentira (México) al del crimen (Colombia), “...le duele Colombia; de lo contrario no la escupiría con su verbo, lo que lo convierte en el más desesperado de los moralistas. Pero ese dolor supera la queja rutinaria y el resquemor patrio gracias a la infalible construcción de personajes que caracteriza a Vallejo.” (Albahaca Rivero, 2010, 126). La enfermedad aparentemente es Darío, por basuquero, maricón, alcohólico, irresponsable, etc. Pero este es el resultado de un ambiente y modo de ser naturalizado. La enfermedad en el lenguaje y la oralidad del discurso es lo que estructuralmente se puede destacar de la obra de este autor, pero su intencionalidad, en esencia, es la atribulación como síntoma de la enfermedad que produce la identidad nacional, que luego se traducirá en la cirrosis de papi, la locura de su madre, la hipoactividad del Gran Guevón y el sida de Darío.

En el desbarrancadero de la muerte, Vallejo ha colocado todos los males a manera de caja de Pandora, sin embargo, el mal del cuerpo es representado con el mal de la narración. Para el Vallejo narrador al no quedar nada lleno de vida –aunque él nunca explica lo que es la vida desde su punto de vista–, el acto de relatar la maldición de la casta Rendón es la única forma de afrontar el mal físico:

El desbarrancadero, como tantas de las grandes novelas, es la crónica de la extinción de una familia. Un padre querido a quien cierta eutanasia libera mientras que un país y una ciudad, Colombia y Medellín, jamás serán borrados de la faz de la tierra, pues mala yerba nunca muere, aunque el narrador le desee a esos lares todas las bombas atómicas que China desperdicia en pruebas subterráneas. (Albahaca Rivero, 2010, 126).

Aquí la norma es el blanco retorcido y menos normado, por eso que hasta las instituciones más domésticas, como el caso de la familia, va a reproducir automáticamente los males sociales, será un amplio reflejo de todo lo que se pretende anular o rehabilitar. La narración nos sabe a enfermedad porque hay agonía en los sujetos narrados. El relato de Vallejo es el producto del desahucio, el desbarrancadero es un sello epifánico de todo aquello que circunda Colombia o el tercer mundo. La enfermedad ya no cobra un valor punitivo sino que es el destino de quienes nacieron para infectarse. Los tipos de contagio están en la jeringuilla que se utiliza para la droga; en el cuerpo homosexual; en la familia disfuncional y en todas las sustancias intravenosas proporcionadas por las instituciones aborrecidas por el narrador.

La violencia y la digresión que se halla en el discurso de Vallejo son actos descriptivos de lo abyecto. No se trata de una escritura enferma sino de un relato manifiesto de la enfermedad. La enfermedad produce al hombre, y el hombre no es más que un ser lleno de potencial maldad porque la sociedad lo sentencia a eso, parafraseando a Vallejo. En ese sentido, el autor va a enunciarse desde la abyección que le produce ser colombiano. No hay conductas homófobas institucionalizadas como el caso de Lemebel, pero es evidente que todos estos patrones se incluyen dentro del gran significante “enfermedad”.

Lemebel y Vallejo exploran al SIDA como una posibilidad de enfermedad de la modernidad, de los excesos del cuerpo y de lo que está fuera de la norma. Sin embargo, ese estar fuera también implica un convivir con ella, para Judith Butler (2000), la norma es todo aquello regula y pretende ser el modelo originario de las prácticas sociales. La norma es tomada como verdad real y tangible de los sujetos biológicos y a partir de esto nace el contrato heterosexual. Pero estos cuerpos están dentro vistos como la diversidad que irrumpe con la verdad real heterossexualada.

No me gustaría decir que son literaturas de transgresión, pero ambos fisuran la representación de la enfermedad y la exploran para reivindicarla en el discurso del cuerpo lozano. Todos los cuerpos importan por lo que el SIDA es un diagnóstico con estigma sexual, no siendo así el juicio social lo que la filtra, sino los cuerpos diversos en la exploración del goce.

Bibliografía

- Astutti, Andrea. "Odiar la patria y aborrecer la madre": Fernando Vallejo". BOLETIN/11 del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria (Diciembre de 2003)
- Albahaca, Óscar. "Aproximación a la metáfora en *El desbarrancadero* de Fernando Vallejo". Revista Cifra Nueva Julio-Diciembre 2010, N° 22, (pp. 119-128).
- Bersani, Javier en Llamas Ricardo. "¿Es el recto una tumba?". 1998. En *Construyendo sidentidades. Estudios desde el corazón de una pandemia: Estudios desde el corazón de una pandemia*. España: Siglo XXI Editores.
- Billard, Henri. "La desarticulación del prejuicio del personaje seropositivo en la narrativa de la generación McOndo".
- Bueno, José Ramón; Madrigal, Amparo y Mestre, Francisco. "El SIDA como enfermedad social: análisis de su presencia e investigación". *Cuadernos de Trabajo Social* ISSN: 0214-0314 Vol. 18 (2005): 33-55
- Butler, Judith. 2007. *El género en disputa*. Paidós: Buenos Aires.
- Butler, Judith. 2010. *Mecanismos psíquicos del poder*. Cátedra: Madrid.
- Butler, Judith. 2000. "Imitación e insubordinación del género". Ablove, Henry, Aina Barale, Michèl y Halperin, David M, edit. En *The lesbian and gay studies reader*. Routledge: Nueva York-Londres.
- Deleuze, Gilles; Guattari, Félix. 2010. *Mil mesetas: esquizofrenia y capitalismo*. Valencia: Editorial Pre-textos.
- D'Emilio, John. "Capitalismo e identidad gay". Recuperado el 1 de febrero de 2017 en http://archive.4edu.info/LGBT/CSL_11.1_capitalismo.htm.
- De Certau, Michel. 2000. *La invención de lo cotidiano*. México D.F: Universidad Iberoamericana. Biblioteca Francisco Xavier Clavigero.
- Foucault, Michael. 1978. *El nacimiento de la clínica: una arqueología de la mirada médica*. Siglo XXI.
- Giorgi, Gabriel. "Después de la salud: la escritura del virus". *Revista de Investigaciones Literarias*: Venezuela, Universidad Simón Bolívar. Coord. Javier Guerrero y Nathalie Bouzaglo. Vol. 17, enero-julio 2009, pp. 13-34.
- Guerrero, Javier; Bouzaglo, Nathalie. 2009. *Excesos del cuerpo*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.

- Guasch, Óscar. 1995. *La sociedad rosa*. Barcelona: Anagrama.
- Guasch, O. (2008). Homosexualidad, masculinidades e identidad gay en la tardomodernidad: el caso español. *Mientras Tanto*, (107), 27-47.
- Guerra, Cunnigham. "Ciudad neoliberal y los devenires de la homosexualidad en las crónicas urbanas de Pedro Lemebel". *Signos Literarios y Lingüísticos* II. 1 (junio 2000), 99-119.
- Kottow, Andrea. "El SIDA en la literatura latinoamericana: prácticas discursivas e imaginarios identitarios" *AISTHESIS*: Instituto de Estética - Pontificia Universidad Católica de Chile. N° 47, (2010): 247-260. ISSN 0568-3939.
- Kristeva, Julia. "Poderes de la perversión". México: Siglo XXI, 1988, pp. 7-47.
- Kulawik, Krzysztof. "Travestir para reclamar espacios: la Simulación sex-/text-ual de Pedro Lemebel y Francisco casas en la urbe chilena." *ALPHA* N° 26 / Julio 2008 (101-117).
- Lagos, Jorge. "Postcolonialidad y descolonialidad en *Loco afán*. Crónicas de sidario de Pedro Lemebel". *ALPHA* N° 33 Diciembre 2011 (105-114). 2011.
- Lemebel, Pedro. 1997. *Loco afán. Crónicas de sidario*. Santiago de Chile: LOM.
- Llamas, Ricardo. 1998. *Construyendo sidentidades. Estudios desde el corazón de una pandemia: Estudios desde el corazón de una pandemia*. España: Siglo XXI Editores.
- Martirio en Llamas Ricardo. "El cuerpo no tiene culpa de na". 1998. En *Construyendo sidentidades. Estudios desde el corazón de una pandemia: Estudios desde el corazón de una pandemia*. España: Siglo XXI Editores.
- Meruane, Lina. 2012. *Viajes Virales*. México D.F: Fondo de Cultura Económica.
- Morales, Leonidas. "Pedro Lemebel: Género y sociedad". *AISTHESIS* N° 46 (2009): 222-235.
- Musitano, Julia. "Ironía y autoficción en la narrativa de Fernando Vallejo". En Actas del II Coloquio Internacional "Escrituras del yo". Centro de Estudios de Crítica Literaria s.a. pp. 1-10.
- Pecheny, Mario. "La investigación sobre sida y HSH en América Latina y el Caribe: políticas públicas y derechos humanos". In *XXII International Congress of the Latin American Studies Association, Hyaatt Regency, Miami*. pp. 16-18 2002.
- Platero, (Lucas) Raquel. 2012. *Intersecciones: cuerpos y sexualidades en la encrucijada*. Barcelona: Edicions Bellaterra.
- Pérez Sepúlveda, Andrés, "Herencias destruidas, la aficción por el entorno: *El desbarrancadero* de Fernando Vallejo". Cuadernos de Literatura Vol. XIX n°38 julio-diciembre 2015. ISSN 0122-8102 pp. 462-483

- Ramos, Olga. "El cuerpo y la afectividad como objetos de estudio en América Latina: intereses temáticos y proceso de institucionalización reciente" *Sociológica*, año 26, número 74, septiembre-diciembre de 2011, pp. 33-78
- Rutter-Jensen, Chloe. "Silencio y violencia social. Discursos de VIH SIDA en la novela gay colombiana". *Revista Iberoamericana*, Vol. LXXIV, Núm. 223, Abril-Junio (2008), pp. 471-482.
- Segura, Omar., & Porras, Oneida. 2014. *Panorama del VIH-SIDA en Colombia 1983-2010: un análisis de situación*. Bogotá: Ministerio de Salud y Protección Social Fondo de población de Naciones Unidas; 2012. *Revista de la Facultad de Medicina*, 62(3), 493-494.
- Sontag, Susan. 2003. *La enfermedad y sus metáforas. El sida y sus metáforas*. Buenos Aires: Taurus.
- Toro-Alfonso, José. "El estudio de las homosexualidades: Revisión, retos éticos y metodológicos". *Revista de Ciencias Sociales*, número 14. pp. 78-97. 2005
- Vallejo, Fernando. 2002. *El desbarrancadero*. Colombia: Penguin Random House.
- Vélez-Pelligrini, Laurentino., & Guasch, Óscar. (2008). *Minorías sexuales y sociología de la diferencia: gays, lesbianas y transexuales ante el debate identitario*. Editorial Montesinos.
- Viloria, Yuliana. "El discurso violento en la novela *El desbarrancadero* de Fernando Vallejo". *Cifra nueva* N° 22 Julio-diciembre pp. 129-139. 2010.
- Ward, Martín. "(Re) escribiendo la heteronormatividad en tiempos de Pinochet: una lectura queer de " Tengo miedo torero" de Pedro Lemebel" *Textos Híbridos: Revista de estudios sobre la crónica latinoamericana*, 5. 2017
- Watney, Simón en Bersani, Javier. "¿Es el recto una tumba". 1998. En Llamas, Guillermo *Construyendo sidentidades. Estudios desde el corazón de una pandemia*. Madrid: Siglo Veintiuno.
- Weeks, Jeffrey. 1995. "Valores en una era de incertidumbre". En Lamas, Guillermo, *Construyendo sidentidades. Estudios desde el corazón de una pandemia*. Madrid: Siglo Veintiuno.